

EL REFLEJO
DE LOS SUEÑOS
EN LUNAS ROTAS

(PERDIDO EN LA ETERNA OPORTUNIDAD)

POR:
JOAQUIM BERTRAN CANUT.

- NOVELA -

"Soy mañana y oscuro es mi sol, sólo
el tiempo conoce la corta eternidad.
El camino va más allá de aquí y si tu
piel no acaricia mi yo, volveré vulnerable
a mi guarida y sin herida, grabaré
una vida concebida en el desierto de
levedad. Prenderé fuego al desván de las
cenizas de los ayeres y probaré que no existí".

A MI HIJA
ANAÍS BERTRAN QUIÑONES.

Como cada noche durante treinta y nueve años Andy López se adentraba por las calles surrealistas de una ciudad insólita que sólo existía en su icono interno. No quería estúpidas interpretaciones imaginarias. Todo era lógica, simple, normal, sencillo... ¡No, no y mil veces no!, ¿acaso había pedido consejo? ¡No!, no buscaba información. Él necesitaba que se le concediera un tributo, un premio honorífico por sobrevivir. Obsesionado, perseguía sin conseguir, un peligro, una víctima que salvar.

De ninguna otra de las maneras llegaría a ser un héroe.

Se encontraba perdido entre miméticos pasadizos, con los brazos extendidos, equilibrando el peso del cuerpo a su paso por conductos de metacrilato, cables y vigas en las arácnidas alturas de la cuerda floja, tejiendo miedos desconocidos en busca de "Dorados".

Seguramente en ese preciso momento, llamaron a la puerta y Andy despertó sobresaltado. Miró con ojos estrábicos el reloj de arena aposentado sobre primigenias raíces de polvo de una silla plegable de madera, junto a la cama revuelta de pesadilla...

...El tiempo siempre permanecía en idéntico lugar.

¡Las cuatro!, quién demonios sería tan temprano... o tan tarde, depende el ángulo con que se mirase. ¿Esperaba a alguien?. El ronco sonido del timbre no cesaba. Bostezó sin ideas, tosiendo, con una molestia en la garganta... carraspeó hasta que notó un pelo de pestaña en la lengua que atrapó pellizcando con los dedos amarillentos de nicotina.

¿Qué pasa, es que no hay más puertas? -pensó sin demasiados argumentos.

El colega que lo accionaba, no parecía aun satisfecho con el escándalo organizado. Prescindió del progreso eléctrico y aporreó la madera comida por la termita, con brutal insistencia. ¿Tú que opinas? -no creo que tuviera el permiso del Presidente de la Comunidad de Vecinos.

Andy López, asustado, se encaminó hacia la entrada, pensando en los huesudos puños que tendría el tipo.

-Ya voy, ya voy, señor impaciente -gritó con un siseo de clausura.

Se había acostado a las dos de la madrugada, apenas un par de horas antes.

La resaca empezaba su efecto secundario: el más vomitivo. Las venas eran zigzagueantes rayos, la cabeza el trueno y la visita misteriosa el resplandor del relámpago. El resto sería una lluvia fría, muy fría. De repente oyó un quejido lastimoso y prolongado que le congeló de pánico. El timbre dejó de sonar, el aporreamiento también. Respiró esa incierta tranquilidad, aguardando un nuevo acorde, pero no, la orquesta se había ido, como se suele decir, con la música a otra parte. El silencio se escuchaba a cada momento, acompañando los latidos amplificadas de su sorprendido corazón desbocado.

En segundos, pidió fuerza, pidió valor, pidió coraje y el temor apagó su ruego. ¿Qué hacer?, abrió la puerta y se enfrentaba al loco desesperado que se encontraba tras ella o por el contrario regresaba a la cama, quieta y sedante, y envuelto entre las sábanas, olvidaba aquel mal sueño. Mientras intentaba reunir los pedacitos de pensamientos aislados para alcanzar la mejor forma de proceder, se abrigó con un viejo y deshilachado albornoz azul marino. El aire entraba desde un cristal de la ventana que una semana antes habían roto de una pedrada enviada por el mismísimo diablo... aaaggg... y aquel whisky barato, ¡qué asco! Sólo de pensarlo corrió al baño y entre arcadas y espasmos, echó todo lo que el cuerpo le ordenó. Allí se encontraba, con la cabeza en el retrete, cuando retornó la memoria sin escrúpulos.

No escuchaba nada. Quien fuera que fuese el madrugador virtuoso de la percusión, había dejado de golpear su instrumento. Quizá faltó de convicción vocacional, sin público y cansado de no ser ovacionado, huyera a toda prisa en una rigurosa búsqueda de su maestro, para estrangularlo, sin darle tiempo a cantar. Era plausible y muy aceptable el no resignarse al designio y que no se deleitara con la desafinada y cruel agonía, después de haberle convertido en un monstruo sin consideración.

-Aquí sí, un merecido aplauso, por favor.

Bueno, ojalá se hubiera marchado, por esta noche ya era más que suficiente. Con un presagio atrapado en el espacio de un vacío sólido y gélido, se acercó de nuevo a la puerta. La quiso abrir de un tirón para sorprenderlo, como había visto infinidad de veces en las películas en blanco y negro de intriga y suspense a lo Hitchcock. Pero en esta ocasión comprobó que la maldita puerta comprometía al genero cinematográfico, resistiéndose a su empeño. Pesaba *in extremis*, algo se arrastraba impidiendo el movimiento ligero deseado. Inmediatamente vio el porqué y comprendió la Iliada y la Odisea del percusionista.

El hombre se hallaba atravesado por un largo cuchillo de cocina y clavado salvajemente en la cruz de su umbral, abrazado a la puerta convertida en eterna amante y último recurso, suspendido, inerte,

restregando los pies en un encharcado de sangre que semiborraba la palabra convencionalmente amistosa "Welcome" de la alfombrilla.

Un bonito epitafio, una irónica bienvenida, muy apropiada para recibirle en el infierno.

-Billete sólo de ida, gracias.

Todo alrededor de Andy, comenzó a reverberar demasiado deprisa, la luz no le dejaba ver bien, un sonido agudo mareaba sus sentidos. Como un baile enloquecido y sin poder parar, los objetos daban vueltas, igual que sombras de un tiovivo sin risas, con el eco de un espantoso sarcasmo. Iba a explotarle la cabeza, se sentó con desmayo en el sillón de chirriantes muelles que le produjeron escalofríos.

No podía creer lo que estaba viendo, ¿qué estaba pasando?, necesitaba urgentemente salir, sí, el aire fresco le ayudaría. Antes volvió a mirar el suelo y el escandaloso cuadro escenográfico, una mancha viscosa, rojiza, todavía caliente, hirviendo sobre un puñado de tripas que el desafortunado "Hombre Orquesta" intentó sujetar con sus manos en un instante de combate sobrenatural y holocaustico del instinto ritual de conservación con un acabado atroz.

-Si mueres, no te compliques la vida...

Ya sólo pensaba en correr, sus náuseas buscaban distanciarse, huir del horror de aquel lugar que le engullía en un pozo de rincón deteriorado. Para acabar de tranquilizarse, bajando el estrecho tramo de escaleras, tropezó con una pareja de críos con una hipodérmica en el brazo. Hicieron a un lado para dejarle pasar y entonces le miraron ojos dormidos. ¡Dios!, le miraban con odio. No tendrían más de dieciséis años y la muerte miró de cerca, cara a cara. Nunca olvidaría esos ojos vacíos para el mundo e inyectados en sangre para él. Quiso decir unas palabras pero sólo pudo balbucear, tragó saliva, no le llegaba la voz.

La calle empezaba a madurar. Un frío de nieve le obligó a subirse el cuello del abrigo. Los pensamientos se entremezclaban en su escurridizo cerebro. El miedo siempre acompaña el hilo que teje la araña.

Un chiquillo húngaro de tez prieta le agarró el pantalón.

-Señor, déme unas monedas... señor... mi madre está muy enferma y no puede trabajar, venga, déme algo por amor de Dios... veinte duritos, no sea rácano, hombre...

Andy López hubiera querido ser caritativo, sin intermediarios, mas cuando quiso darse cuenta, tenía la pequeña, morena y experta mano del "pobre niño" buceando en uno de los bolsillos y abrazando unos billetes de entre los pliegues, el prodigio se largó volando, besando el viento y la suerte.

Qué mundo aquel. Todo parecía mísero, la gente iba asustada, paseando el perro de la pobreza, sacándola para que hiciera sus necesidades. O quizá era él, que experimentaba una visión deleznable en sus rostros ocráceos, perseguidos por la desfiguración teatral de la máscara terrorífica en la que se hallaban, camuflando el ridículo interno por una farsa exteriorizada.

-El Mundo en su autenticidad, distinguido público.

Perdido ya en esa trágica sensación de reconocer la vulnerabilidad del espíritu, en una sociedad hostil, cada vez más integrada en el estigma frívolo e insólido del esteticismo. Pensó en los pensadores, en la absoluta austeridad de los monjes cartujanos. Entregados espiritualmente, atrapados en claustros amurallados y claustrofóbicos, en el anacoreta, el misántropo, el ermitaño. En los antiguos estilistas más drásticos y radicales sobre pilares y columnas existenciales. Artistas de la mente, de la oración, esculpidores de sueños liberadores, agricultores de almas creadoras de la pureza mística. ¿Dónde iban a morir estos animales de la percepción en vías de extinción?

Fuertemente consternado, Andy López tardó bastante en volver a la realidad y sumergir la memoria en agua clara, para poder afrontar este nuevo incidente que aguardaba, impasible, en el piso.

Se encontraba en un lugar ignorado, como si regresara de improviso, de un reconocimiento astral. Caía estremecido hacia ninguna parte, con el impacto de inseguridad que ofrece la velocidad de tránsito interoceptivo, elevado a los vértices de una lejanía sin límite terminal y el brusco y vertiginoso encuentro comunicativo-emocional que representa la vuelta sin conciencia de la luz sensitiva al tedio rotatorio de la puta tierra. Y en este punto dudoso donde no hay ningún tipo de apoyo y por lo tanto se yace en el vacío impresionable de lo que entendemos -seguramente que nos equivocamos- por la nada, estalló la vulgar y sonora campana metálica, martilleando secamente en el aire infestado de microbios.

-Gran reserva del planeta azul.

Andy se incorporó... ¿incorporarse de dónde?... vaya, vaya, ¡sorpresa!, pero si estaba en la cama. Eso significaba que... ¡claro!. Una alegría irrefrenada e histórica que le era imposible aplacar y mucho menos expresar, conquistó lo inconquistable en lo más hondo de su ser. El ánimo se tatuó en el cuerpo,

sintiéndose poseído, ¿necesitaría un exorcista? Ja, ja, ja... una pesadilla alucinógena producida por los vapores del alcohol etílico, tóxico y venenoso caramelo.

Escasas eran las ocasiones que tenía de sentirse satisfecho, hilarante sería más correcto de imprimir su estado presente. Para celebrarlo, pilló una cerveza bien fresca y bebió un largo trago. Sonriendo, brindó por la monotonía. Era la primera vez que la realidad le abrazaba y se revelaba cómplice de fantasía.

En la radio, los Sex Pistols gritaban: Dios salve a la Reina.

Recordó la tarde-noche. Festejaba con unos amigos, el término de su novela "Entre piedras y arena, hojas y mariposas", tomando unas copas en el pub "Pescado congelado". Al pensar en aquel whisky barato... aaaggg, ¡qué resacón!, daban ganas de vomitar.

Apoyado en la nevera con la Estrella en la mano, percibió algo extraño.

-¡Jazz!, ¿te has vuelto loco o qué?. Calla que vas a despertar a todo el vecindario. Lo sujetó por el morro, acariciando el brillante pelaje.

Jazz era un pastor lobo majísimo y un amigo y compañero de piso inteligente y fiel.

Andy López había olvidado que llamaban a la puerta.

Jazz levantó la cabeza y gimió, luego ladró agresivamente, enseñando los colmillos. Su hocico resbalaba, aspirando el suelo, fue a trote hasta la entrada y rascó insistente con las patas, gruñendo, nervioso.

-Cálmate, debes de haber tenido el mismo sueño que yo. No ves que sólo son las -miró el reloj de pared-, sólo son las ...c.u.a.t.r.o... de la madrugada... ¡Esa maldita hora otra vez!

No lo pensó demasiado, la mirada se dirigió a la puerta, sus pasos se apresuraron, al mismo tiempo que las manos la abrían.

Cerró los ojos con una esperanza, acongojado los fue abriendo poco a poco. Nunca más creería en la esperanza: allí estaba el cadáver burlándose de él. Esta vez rió forzado, ¿todavía estaba soñando, verdad? Por la noche bebió la hostia, era una ocasión especial, no todos los días escribía un libro. ¿No era una causa más que justificada?

-Es una broma pesada del subconsciente ¿no? ¿Porqué me juegas esta mala pasada? -se preguntaba, acosado y sentenciado al cruento azar. Jazz carecía de poesía, olfateaba la sangre y lamía, lamía retozando, sumamente excitado. Andy se percató de lo que hacía y se largó escalera abajo. Su perrito estaba mordisqueando las entrañas que brotaban del cuerpo de aquel pobre infeliz, mientras resoplaba y meneaba el rabo. Por lo menos él había sacado el máximo provecho y no es que estuviera mal alimentado, pero ¿qué perro que se preciara le hacía ascos a un buen retortijón de carne fresca? -Estarás de acuerdo conmigo ¿no?, bien, después que purgue con unos hierbajos sus pecados.

En los bajos, dos chicos se pinchaban una dosis de ausentismo destructivo. Vomitó sobre ellos.

-¡Eeeeh gilipollas!, ¿qué haces? -le gritaron, pero no dijeron más, tenían suficiente con lo que se habían metido en las venas.

Al salir a la calle, respiró profundamente la contaminación. El tiempo que permaneció allí estático, recapacitó, hizo una regresión de horas. Aunque no tuviera nada que ver con lo sucedido, le castigaba la duda, el miedo que se guarda secretamente, una obertura de culpa.

Sentimientos enloquecidos, friccionaban por la enredada y vasta imaginación que la cabeza, como un ovillo, iba liando y construyendo una trampa peligrosa, trenzando una red tenebrosa, de la cual no podía alterar su progreso evolutivo, tropezando con los remordimientos acumulados, una música por descubrir, el vértigo, la indecisión, sufrimiento, preocupación. Salpicaba la sangre derramada como si de la suya se tratara y no se había inventado disolvente capaz de borrar ese tinte escabroso que imprimía fatalidad.

-Relájate, -se autoimponía. Tranquilidad era la palabra clave, la flecha que debía seguir, pero en aquel instante, la señal se hallaba tan distante como inalcanzable. Intentó ejercicios de respiración... inspirar profundamente, espirar sacando todo el aire negativo. Ooommmm... regenerar fuerzas de energía. Nada, cuanto más se exigía, menos lo lograba. Los nervios garabateaban un complicado dibujo, difícil de interpretar. Buscó en el bolsillo la cajetilla de tabaco y extrajo uno, llevandoselo a los labios con gesto maquinalmente estudiado. El cigarro cayó al suelo, instigado por el temblor del fumador y la fuerza de la gravedad.

-Pañuelos de eucalipto, encendedores, bisutería, relojes digitales, sumergibles. Americano... tabaco americano... todo muy barato -pregonaba el Moro Jeremías, enseñando el tenderete que colgaba de los forros de su larga chaqueta de astracán.

-Dame uno, amigo... un paquete de este -señaló con el dedo-. No, mejor dos. Bueno espera, no sea que no me llegue... -rebuscaba con dificultad en los diminutos bolsillos de aquí y de allá.

-¡Ajá!, aquí está, ya lo tengo -suspiró. -Vale, te cojo otro ¿eh?, venga, hasta la próxima... que te vaya bien -acabó diciendo al tiempo que depositaba el importe justo en la mano extendida del vendedor ambulante. Encendió el cigarrillo con ansia. Sin llegar a ser un calmante, al menos la sugestión, mantenía la mano ocupada y se entretenía sacando el humo entrecortadamente, formando aros que apenas cobraban aspecto, se disipaban. Le había costado, desinteresadamente, años de práctica el fabricar, sí, como un alfarero, anillos cenicientos. ¿Te ríes?, de acuerdo, quizá no sea demasiado artístico. Las comparaciones son verdaderamente asquerosas. Pero también extraía el humo por los ojos... joder, que increíble. ¿Quieres verlo?, ven, acércate... así...

Masticó un chicle de hierbabuena para perfumar una putrefacta noche de vigilia. Repugnante sabor desleal de luto hacia sí mismo.

Deambuló por el pasaje de "los siete baretos". Un ácido amargor le perforaba el estómago, sin duda por los vómitos y el desencadenamiento de siniestros esquemas. Necesitaba alimento, sentía debilidad y algo de apetito, mas en sus circunstancias no podía tragar nada sólido, ni siquiera se le ocurriría probarlo. El estómago y la mente estaban muy distanciados entre sí. Y todo ello, olisqueando los guisos regionales de aquellos baretos, sencillos, humildes, siempre despiertos, que empalmaban el día, minuto a minuto, turnándose para que funcionase el negocio y llegar a final de mes, libres de impuestos.

Aquel pasaje de la bohemia siempre estaba amenizado, junto a los olores tremebundos, por el trémolo de un viejo piano, afinado puntualmente y teclado por algún cantautor con voz de "cazalla", dando inspirados tragos a su siempre "última absentia". Finalizando comienzos de tertulias con inanimados públicos de vidas desequilibradas. Vida que pasaba entre pincel y bala, pluma y navaja.

Andy fijaba la mirada en los interiores, esperando ver un rostro conocido al que contar su lance y solicitar apoyo moral.

Pintores, escritores, músicos, actores, mercaderes de la idiosincrasia, vendedores de seguros, aprendices y empresarios, médicos o directores de banca dormitaban con la cabeza sobre las mesas y los vasos vacíos. De los demás antros salía un abigarrado fusonaje de son cubano, jazz, cantos gregorianos..., en uno cantaba Gato Pérez "Pedro navaja" y al lado el "Summertime" de Janis Joplin.

Tres travestis que venían de fiesta le abordaron.

-Hola amor, ¿qué haces, dónde vas?, mmmmmm, qué grande la tienes, te has puesto cachondo ¿eh? -le bajó la cremallera y recorrió sus partes.

-Mira, Yoli, qué buena la tiene el cuate.

-Jo, mi niña, esta la quiero probar yo.

-Niño, ¿te vienes a mi piso con las tres?

-No tengo dinero...

-Nadie ha hablado de pagar, yo no cobro cuando encuentro una cosa así, lo pasaremos bien los cuatro, o es que no te gusta lo que ves...

Andy sólo veía tetas gordas, caderas y culos bien hormonados y operados. Para ser tíos habían conseguido su objetivo: un cuerpo perfectamente estilizado. Mucho más femenino que algunas mujeres.

-Lo siento, pero tengo la testosterona por los suelos... pisada.

-Cualquiera lo diría, papito... éste te contradice... qué duro.

-Ya, es que últimamente no concordamos, estamos como peleados, ¿sabes?, cada cual va por su camino, en distinta onda.

-Este pinche está muy colgado, déjale, no quiere coger y no tiene lana. La verga flojeó y de los elogios pasaron a propinarle una paliza de insultos, que si chingajo, pringao, pendejo, cabrón, maricón y otros que no pilló de la jerga mejicana o brasileña...

Volvió sus pasos hacia casa. Salvo el estómago revuelto y el flujo mojando el slip. ¿Cómo podía haberse excitado tanto en un momento de tensa segregación, presión y confusión?, tenían razón, era un pendejo.

Salvo el revoltillo en el estómago, no debería sentir ningún cargo de conciencia, ni proximidad de mala acción. El pesar del remordimiento, ¡ja! llegaba la tragicomedia.

Falso sueño, insensato desajuste de estacionamiento erróneo. Parada de razonamiento incorrecto, situación vía muerta, seguimiento de procedimiento indebido, suspendido en ofuscado letargo de inmovilidad.

¡Basta ya!, encierra las interferencias. Doctor, no llames a Mister Hyde. Volvamos a empezar con más coherencia.

Nervios crispados, eso traiciona... pero qué estaba pensando, no podía sentirse culpable por no haber abierto antes la puñetera puerta. Si lo hubiera hecho: ¿se habría salvado? ¡No, no, no! El hombre buscaba ayuda desesperadamente. ¿Cobardía?, sí, desde luego. La mayoría hubiera obrado igual. ¿Seguro? ¡Dejémoslo ya!, él nada sabía de lo que estaba ocurriendo fuera de su piso. ¿Tenía que saberlo?. Adivina, adivinanza... Temía que si le veían así, iban a creer que estaba involucrado o que había perdido el juicio. Imaginaba la noticia en los periódicos sensacionalistas: un psicópata asesina a su vecino, cuando éste llama a su puerta para darle las buenas noches y pedirle amablemente un poco de sal y unas hojas de perejil. Ja, ja, ja, qué gracia, ja, sí que es bueno... Reía histérico, ¿qué otra cosa podía hacer? Nadie le había conseguido un guión, simplemente improvisaba.

Escupió el chicle, sequedad de paladar, bebió agua en una fuente pública de principios de siglo. Cerca crecía la arquitectura Gaudí. Fumó dos cigarrillos. Un día lo dejaría. Hacía veinticinco años que decía lo mismo. Vio salir por el portal a los dos muchachos que habían pactado con el ángel que guiaría su camino, una oscura caída en picado. Seguían con sus nubes negras y la mirada de ensoñación. Dormidos para siempre. Se quedó absorto, mirando como se alejaban y desaparecían por un laberinto del que no les sería fácil salir.

Con la puerta entreabierta, pensaba subir y enfrentarse a los hechos, pero de súbito, un nuevo personaje apareció en escena desde dentro de la casa. Andy flexionó el brazo desarticulado para dejarle pasar, pues parecía tener prisa. Escondía las ideas bajo un sombrero de fieltro gris, con gafas oscuras, guantes negros y una gabardina ocre que dejaban ver poco de él. Con estos ingredientes no resultó difícil detectar una chispa de suspicacia. Sospechó inmediatamente de aquel atuendo vestido de desconfianza. No en vano había dilatado tres gruesos tomos de las aventuras de Sherlock Holmes, releídos sus inteligentes y espeluznantes casos, varias veces, adquiriendo increíbles dotes de agilidad detectivesca. -Elemental, querido Watson.

El protagonista de esta historia, hinchó los pulmones y llamó, dando unos pasos, acercándose al huidizo enmascarado. A cambio, recibió un puñetazo directo a la cara, en cámara rápida. Fue su última visión multicolor, cayó al suelo, sobre un pringoso charco de interrogantes. El sombrero, los guantes, las gafas y la gabardina, desaparecieron por alguna de las esquinas del callejón.

Tendido junto al escalón del portal, el subconsciente luchaba por regresar. Tardó unos minutos en recuperar la noción de las cosas. La luz de cualquier mañana, insistía en salir desde algún punto lejano, impropio sobre la faz de la tierra, en un origen de cristal oscuridad, donde el duende fabricaría el espejo que por fin iluminaría su errante figura tras tornarse valerosa con su calor e ilusionario fulgor. Cabalgó de nuevo sobre su montura recuperando del golpe, la cordura y decidido, creyó que lo más prudente, sería acortar distancias con la comisaría.

Pasos agigantados buscaron el edificio que apenas distaba unas manzanas de aquella verídica obra teatral, representación de la que él, había conseguido sin proponérselo el papel principal. Pero actuaba sin convencionalismos... o rompía con las técnicas tradicionales en una atmósfera naturalista, propia del método de Stanislavskij, que fundó escuela en su país, Rusia, y más tarde se conoció en Nueva York y en el resto del Mapa Mundi. Abreviando, la enseñanza se centraba más en el arrebató psicológico-profundista de los personajes, permitiéndoles jugar con la improvisación y experimentar sus trabajos en su máximo acercamiento y vivenciándolo en cuerpo y alma, para dar mayor credibilidad, realismo y enriquecimiento a las vidas encarnadas.

Comisaría, era un edificio triste, de sabor gris y color llanto. De construcción franquista. Finca patibularia, camposanto enladrillado de emparedar nichos, nidos humanos en el muro imaginado por Allan Poe.

El desangelado aspecto de la ley y el orden, -qué idiota- recordó con cierta gravedad, cuando creía que la justicia existía. Él era niño y sentía fascinación por un mundo que se le presentaba con todas las puertas y ventanas abiertas. Pronto le alzaron tapias con banderas roscó, impidiendo libertades, cortando las cuerdas vocales para no revolucionar al rebaño de ovejas clónicamente domesticadas por dictadores con delirios de grandeza. Caricaturas de Reyes de Mundos disfrazados de lobos buenos.

Sabía que la justicia, estaba hecha para el que tiene dinero, influencias... poder. -La corrupción incluida en el menú-

La claridad del crepúsculo, daba a entender que no había amanecido del todo cuando entró en el páramo policial.

Esperó sentado en un banquillo de madera pino, largo, estrecho e incómodo. Tanto, como el tiempo que le tuvieron allí, medio adormilado, cambiando de posturas. Se entretuvo leyendo los mensajes, nombres y fechas, obscenidades y poemas que se hallaban tallados con instrumentos improvisados en las carnes del viejo banco. Le gustó uno que decía: Las putas al poder... los hijos, ya están dentro.

-¿Qué desea señor...?, ¿oiga? ¿Me dice el motivo de su visita?

Ensimismado en la rústica del mueble, ahora leía: Base del Anarquismo. "Que en tu vida sólo figure una cláusula: haz lo que quieras. Porque gente bien nacida, bien instruida, que conversa en honesta compañía, tiene por instinto y aguijón, el obrar correctamente".

-Muy bueno... ¿eh, qué?, a sí. Venía a... bueno... vengo a dar parte de un acto criminal.

Que raras le sonaron las palabras pronunciadas, como a película de ficción de serie barata, como las palabras muertas de un discurso de bostezos políticos vendiendo polvos detergentes al pueblo, prometiendo que no se harían pipí encima. Sobre los políticos, había otra buena frase en el "Banco de anuncios y reclamaciones", lo firmaba un tipo francés: El político es aquel que expresa lo que piensa y siente el pueblo, sin habérselo preguntado jamás.

-Sígame por favor -le sonó a campanas parisienses.

Entraron en alguna parte, la chica, sin inmutarse, dijo que esperase un momento. Siempre acompañado de un por favor, que ya le resultaba maquinalmente patético.

La muchacha tendría unos diecinueve o veinte años, no más. De aspecto despreocupado. Tres botones desabrochados de la camisa, dejaban ver parcialmente sus glándulas mamarias, generosamente abundantes, protuberantes y abusivas. El uniforme resaltaba impecablemente limpio. Al andar se escuchaba el indiscreto roce que producían las medias que cubrían sus descomunales muslos. Para pintarla, Peter Paul Rubens, hubiera necesitado varios lienzos, terminando con satisfacción su gran obra, rica en masa carnosa. -Gratitud humana, recibida de Mamá Natura-. Oficinista en una comisaría de barrio periférico. ¿Cuántas veces habría entonado las mismas palabras que hacía un instante le dirigía a él?

-Señor, espere un momento por favor.

El Señor no existe (no hay ninguna prueba fáctica), la vida no otorga favores, está llena de momentos. ¿A qué esperar?

No comprendía muy bien porqué le daba pena verla otra vez allí, de pie, hablando como un robot mecánico, construido por el hombre, eso sí, no lo olvidemos, un hombre con una clara inclinación-tendencia-devoción, influenciado por el maestro Rubens.

La lástima que sintió en un principio, se disolvió por completo. Aquí la víctima de la pintura era él, sin comer, sin dormir, resacoso. Estaría hecho un asco, enjuto como el Cristo de El Greco en sus cuadros que representaban la Crucifixión y la Resurrección.

Dejó de compadecer a los demás y pensó en sí mismo, en un exceso de frustrada evasión.

Seguidamente, le desgarró el sentido del entendimiento, unido al conocimiento. Cayó un rayo, partiendo con crudeza la razón de sus valores más trascendentes. Participó en el penoso ritual del sacrificio, siendo la ofrenda otorgada a los dioses agnósticos de lo oculto. Entró en el Santuario del averno con ánima atravesada, un coro de voces repetía con los ecos de un gélido vacío. Sintió como se llevaban su esencia junto a las otras, en una bandeja de espesa niebla. Estiraban la piel y amordazaban los oídos. La única frase que la coral de voces, ahora acústicamente sobrenatural, repetía, sin cesar, castigando la antorcha de luz. Apagándola. El recinto osciló entre la carencia de claridad, sombreada por contrastes ocultos de lapices láser, pintando rayos catódicos, curvas de sobresalto que estimulaban impulsos bruscos de transmisión imprevisibles. Corrientes de riesgo, con descargas eléctricas de pasados nunca acontecidos y ejecutados fortuitamente por neuronas criminales. ¿Quién quería destruirle? 100 por 100, no sabe, no contesta.

De las sacudidas, le salvó el frío del espacio y la frase que continuaba repicando: "Estás a solas con el solitario".

Las proyecciones del subconsciente eran las que le quemaban, convertidas en entes etéreas, volátiles... demasiado eternas. Desprendiendo gases de ausencia. Así acabó, rendido en el suelo, mientras toda sustancia de presencia, se perdía en la lejanía, allá en lo más alto del firmamento, sin dejar ninguna huella. La soledad era demasiada compañía y su reflejo quedó cautivo de otro cuerpo físico, sobre una alfombrilla sangrienta, semiborrando la palabra "Welcome".

Las teclas de una máquina de escribir le hicieron volver a comisaría. Intuía que no había sido del todo un sueño, cuanto menos, tuvo la sensación de haber estado poseído por la temerosa e idolatrada muerte, penetrando en el cadáver del "Hombre Orquesta". Bien, esto le recordó que el fiambre le esperaba en el piso. -Una verdadera cita a ciegas-. También se acordó de la lectura, hacía unos días en un periódico. La foto de la única cartuja de la región que había sufrido un incendio el año anterior, cobrándose una víctima y daños forestales incalculables. Un monje resumió su religiosa austeridad, diciendo que ellos vivían a solas con el solitario. De ahí provenía el estribillo de su ¿sueño?

He aquí que su estado "anémico", empeoraba al darse cuenta de que todo, absolutamente todo, era la pura y jodida realidad y no un cuento fantástico, cómo hubiese deseado para poder poner ya mismo, un grandioso y hermoso final con guirnaldas y diversos motivos de ornamentación.

-¡Hombre-Bar! Pon una ronda para todos, que esta la pago yo, sí hombre, no me mires así. Apúntalo en mi cuenta.

Y aquella señora aburrida, tras la mesa de su despacho atrincherado, esgrimía un montón de preguntas con un sable fríamente afilado, cortándole a rodajas las respuestas. Acometiendo con arte y deteniendo todos los golpes con un juego de seducción, al cruzar las piernas y dejar al descubierto un ligero negro al que Andy prestó por entero y en plurales, toda su atención, dejándose vencer, zozobrando por su innoble gesto, perdiendo el ímpetu. Convertido en un monigote pasivo y sumiso, caído en las redes de seda de un encaje erótico al servicio de disuadir y alterar la turbada paz, de un corazón cansado ya de latir. Intentando hacer frente a la lujuria que reposaba en las redondeces de sus pechos, sobre la mesa, incitándole a fijarse en sus pezones erizados, en punta, que asomaban ya sin piedad, con falso descuido de inocencia y naturalidad, valorando con apremio la abultada entrepierna. Otro movimiento brusco de la Dama, le permitió admirar su nalga derecha. Sin darle respiro ni tregua alguna. Ojillos traviosos, humedeciendo los labios carnosos, sobresalientes con lengua atrevida. Mordisqueando el tapón del bolígrafo. Postura graciosa y mordaz, rascando con ágil ademán en el interior de la falda, izando al vuelo ésta, enseñando un moratón cerca de la ingle.

-Perdona, es que me he dado un buen golpe con la esquina de la mesa, ¿lo ves?, ¡jio!, se me está poniendo de color violeta ¿verdad?...

-Pues... síiiii, bueno, también en el sitio que lo tienes, quiero decir que no se ve, si no lo enseñas... y pronto se curará y...

-Sí, pero es que duele y se me hace más grande y se hincha... ya verás, toca. Con descaro y desparpajo, le tomó la mano y la puso sobre el morado.

-Toca, toca... ¿a que sí?...

Andy, tímidamente encendido, palpaba el muslo, le subió la faldita y ya con las dos manos, masajeaba el golpe de la muchacha.

Ella, dueña ardiente, levantóse un poco del asiento para que aquel hombre pudiese explorar con más precisión su piel dañada, quitóse el diminuto tanga, facilitándole la tarea de inspección general. Así estaban, jugando a los médicos, cuando escucharon un portazo en una oficina contigua a la suya. Ella se vistió rauda y él se contuvo sin poder aplacar el molesto dolor genital.

Un oficial asomó por la puerta, sin llamar.

-¿Todo va bien, señorita Rubens?, -preguntó con arrogancia. -Estaré en mi despacho, estudiando el expediente del sacerdote de la parroquia. Que no se me moleste ¿de acuerdo? Bien, acuérdense de llamar al forense y al abogado de oficio para el caso del crimen del puerto.

Salió sin despedirse. Ambos se miraron, ella aguantando la risa y él aproximándose para continuar el lance y desfogarse. Inesperadamente, recibió una negativa. Como si nada hubiera sucedido, como si sus actos provocativos fuesen justificados por la asfixia de su cuerpo, enfundado en un vestido dos tallas menores y habiendo regalado un gratificante espectáculo, de realidad virtual. Borró la imagen de opulenta Mata-Hari, y en un nuevo giro, apareció la rutinaria trabajadora mediocre y explotada mujer angelical. Haciéndole creer que su paranoia crecía, imaginando que desvariaba entre los vientos de sus mares ancestrales, propensos a motivar escenas de efectos lascivos. Alejándole del miedo a la verdad, escondido en los labios libidinosos de otra proyección del subconsciente lanzada a la bacanal de la hipnosis, buscando placeres deseados y no satisfechos en un mundo físico.

El tono de la señorita Rubens, habló con vehemencia, desencajándole los huesos, sintiéndose desorientado. No le ayudó demasiado su tenacidad e intento de encuentro furtivo, en un abrazo secreto, llagado y masoquista.

-Bien, creo que no falta nada... mmmmmm... nombre, dirección... vale, ya está todo, si me disculpa, vuelvo ahora mismito. No tardo nada... gracias.

Sonrió maternalmente, desarmándole y salió de la habitación que semejaba una celda. Al cabo de un rato, oyó su taconeo y las medias de sus muslos refregándose, sonido que ya le resultaba familiar.

Sin saber porqué, abrigaba la esperanza de verla entrar con un camisón largo de transparencias, de esos de satén, cerrar la puerta con llave, mientras la intimidad se deslizaba en un contoneo sinuoso y pasional, la prenda debía caer a tierra, y a la vista, una descarada combinación, a la par que presumida y coquetamente, preguntaba con voz sensual ¿te gusta, cariño?, sus vaporosas manos rastreando su piel, conociendo su poder de bestia en celo, hacia el hombre persuadido por la amenaza que le cautivaba. Pero no. Llegó la Madam enérgica, con el uniforme hortera, impecable.

-Señor, me han notificado un asesinato en la calle y número que usted me ha dado. Pero llega tarde, alguien anónimo, avisó por teléfono, hace cosa de una hora. Mire... si quiere verlo usted mismo... -le acercó una hoja de sumario.

La apartó de un manotazo. ¡No podía ser!, se levantó ultrajado, acuciado y se largó de aquel lugar que olía, que apestaba a silla eléctrica y a un exorcizado azar de irrealidades sexuales y fusilamientos psíquicos. Marchó salvajemente, sin despedirse. Reconoció su falta de educación, ¡sí! pero es que salió profundamente defraudado. Ni siquiera podía tener la exclusiva en dar la noticia del único suceso importante que pasaba por su irrelevante vida de escritor fracasado, a un mundo que le decepcionaba tremendamente.

¿Quién había telefonado?, estaba bien claro. Sólo el asesino conocía una hora antes su cometido, qué cínico. El psicópata que había tenido la ocasión de saludar en el portal, llamó para anunciar un delito reciente o quizá todavía inexistente.

Intentó recordar algún detalle, pero la ropa de camuflaje le dejaba sin pistas y encallado en blanco. Tarareó el concierto para violín de Piotr Llic Chaikowski, ¿porqué?, a saber... Quizá le relajaba, tal vez sentíase identificado con la turbulenta y atormentada existencia del compositor ruso. Él, como el músico, en estos momentos, no se aceptaba a sí mismo.

Reintentó pensar en indicios o resquicios que a veces quedan en el aire. Nada era una palabra que lo decía todo.

Trataría de pensar, pero más adelante, con mayor lucidez. Estaba demasiado cansado para retener los pequeños detalles que su mente agotada y laberíntica, no podía captar, inmersa en un cruel nudo de sensaciones, imágenes y dolor. Imposible seguir así, catapultado a una desmembración craneal encefalítica. El frío helado, mantenía despierto el aturdimiento. Con las manos cosidas en los bolsillos, tomó el camino de regreso a casa.

Poco antes de llegar, ya escuchaba sirenas apagarse, murmullos y griterío. El vecindario al completo, más el público de cortesía y algunos "extras pagados", se apiñaban cerca del portal, lo más cerca posible. Andy se acordó de la noche de los muertos vivientes.

Todos intentaban penetrar en el portal, escuchar y hacer preguntas frívolas, estúpidas y descabelladas, hasta creyó oír que se hacían apuestas.

La madera ardía mal y el fuego no prendía.

La policía de vez en cuando los retiraba unos pasos, -atrás, atrás, no entorpezcan el trabajo-. Pero no conseguían vencer a la curiosidad. El acto novedoso, como es lógico, rompe la rutina y hace la vida más llevadera, olvidando por un corto período, lo mal enfocados que estamos en la fotografía de la vida.

Las aglomeraciones siempre le habían producido pánico. Un cierto miedo sónico, ajeno a su personalidad. Ardoroso y claustrofóbico subterráneo, un impacto en lo más remoto del desconocido reptil interior, que sisea en silencio, preparando el veneno y el momento de la mordedura decisiva.

Intentó de mala gana abrirse paso entre los amotinados inquisidores.

Un Mundo absurdo de dispares acusaciones, gritos, rumores, murmullos, olores repugnantes de madrugada, halitosis y violentos electrochoques, se le vinieron encima. Sus sentidos, camuflados, estaban sencillamente irritados. ¿Cómo era la gente! ¿No podemos dejar a los muertos en paz...?

Un madero que tenía visto por el barrio, vendiendo "chocolate" a los colegas, marcaba la raya blanca alrededor del cuerpo inerte.

Entre paréntesis: no deseo que se malinterprete cuando hago referencia al cuerpo encargado de velar por el mantenimiento del orden público y la seguridad de los ciudadanos, ni a los políticos que los dirigen. Que quede bien claro, que no tengo nada en contra, ni a favor tampoco, por lo que me mantengo neutralmente al margen y esto va también por Andy López. Y que no pretendo generalizar, ¿o sí? Simplemente hago mención de algunos casos concretos y aislados, sin que nadie se escandalice y si se ofende, será porque se dará por aludido... aquello de que las verdades ofenden ¿verdad? Porque como todos sabemos (nuestro único consuelo es creer que sabemos lo que ignoramos), tanto los ciudadanos civiles como el sistema constituido, suele caer en el encanto azucarado de la corrupción y manejar los asuntos sucios (que alguien tiene que hacer ¿no?), desde el lado más oscuro, dentro de una ya, corrompida sociedad.

...Y el que esté libre de culpa... que tire la primera piedra...

Aclarado este punto, estábamos con el amigo, marcando de blanco la aureola de la muerte. Ipso-facto, la ambulancia sin sonoridad ni colores psicodélicos, -no corría ninguna prisa-, se llevó el cadáver, tapado con una pálida sábana. Un punto al buen gusto, sí, todo un detalle. El crimen envuelto en delicado papel de celofán, listo para regalo.

Entre tanto fotógrafo, periodista y policía, distinguió al Sargento Martínez, dando órdenes impertinentes a "sus" hombres. Mandatos que se perdían en el claroscuro vacío de una filmografía malograda en el primer fotograma, desmayado en el piso del escenario, síntomas de diagnóstico, infarto de saturación social por indigestión popular.

El Sargento Martínez sobreactuaba, era un pésimo actor, por ello nadie le hacía caso. Dictaba con amenazas, prepotencia y una desmesurada falta de tacto. El Sargento no se aguantaba de pie. En Cosmopolitano, por su afición a la bebida, abreviaron el apellido, apodándole "Martini". Siempre se hallaba con algún grado de más, en lo que correspondía a un sargento. Su aliento apestaba tanto como sus estúpidas palabras, manchadas de incoherencia.

La gente, que se había quedado sin muerto y lo habían dicho ya todo, sintieron el ridículo, el frío y la humedad. Con inhibido disimulo se largaron a sus casas, para seguir desde allí el caso y sacar sus propias conclusiones, hipótesis inventadas y retocadas que irían de boca en boca hasta llegar a ser ciertas, derrumbando cualquier duda.

Cosmopolitano era un barrio de tarjetas de paro, obreros y trabajadores precarios con escasez de medios. Pocas personas podían permitirse tener un local de propiedad y los que lo poseían era la sedentaria herencia de generaciones olvidadas de origen.

En Cosmopolitano convivían juntos blancos, negros, rojos y amarillos.

La miseria no entendía de colores. Orientales, Occidentales, el misterio del collage humano se desentendía de territorios.

Andy López, vivía en una alcantarilla, rodeado de ratas de cloaca. En unos pocos metros cuadrados, se apiñaban todas las razas, todos los continentes. De las casas, no sólo saltaba la pintura. A menudo un bloque de pisos se venía abajo y sus moradores vivían trágicos siniestros. Familias enteras protegiendo a los suyos, cuerpos lactantes amparados por padres temerosos, lanzándose de los balcones y ventanas, queriendo escapar de la locura.

En la calle, reporteros grababan para algún canal televisivo, fotógrafos cogiendo instantáneas para los periódicos. Ambulancias y bomberos todavía no habían acudido. ¿Alguien les ha avisado? Incontestable.

Líbrame de todo mal. Esta era una cita apropiada en sus apenas conocidas mentes, porque aquellas tribus, mayoritariamente, se aferraban a las creencias de dioses. Es curioso que las personas sin recursos tuvieran fe y acudieran como refugio a curanderos y a la ignorancia divina.

Aquí se habla de una esquina indigente, pero lo mismo ocurre en fachadas materialmente ricas. Da igual San Gervasio, Sarrià o el barrio chino. El humano es en todas partes el mismo trazo sucio. ¿Hay excepciones?... Bip, bip, bip... Programa borrado.

Las calles olían a orines. Estrechos canales de basura y desperdicios. Excelente lugar, favorable para que el índice de la delincuencia creciera en un extremo alarmante. Peligroso, en las oscuras noches portuarias, atascadas de tabernas, siempre llenas de hombres y mujeres con un chupito en la mano.

El aroma a vino peleón, empapelaba las paredes y los suelos, hasta los topes de colillas aprovechadas, semejaban la vida y novelas de Dickens. Condenados a las penurias y al desahucio. El humo era lo único que calentaba a los clientes mutantes de toses asmáticas.

Cada noche atravesaba por distinta calle, que era igual que todas. Iba pensando, escribiendo en la mente el fracaso de su mano. La soledad es -pensó-, la pálida luz de mi sombra.

Abundaban los "camellos", traficantes que no dudaban en ofrecer descaradamente al público su mercancía, producto de calidad dudosa.

-En tu sonrisa, una raya. ¡Deprisa!, toma la dosis de éxtasis.

Cada noche caminaba en su imaginación, por una insinuada e ilusionaria calle. Creyendo que la fantasía sería real, simple representación de una inofensiva cabeza de turco al servicio de los demás. Propósito de desfigurar la esquizofrenia gráfica de la marginación visual. Pues al término, las huellas eran del mismo pie y de igual longitud que los del lunático y pretencioso escritor de novelas y relatos impopulares que alucina en cada esquina, creyendo haber encontrado un filón literario, reconociendo que los de "arriba" no bajarían del pedestal si no interesaba a las multinacionales... O no pertenecía a una familia de vividores "famosillos" de la prensa del corazón. Fantasmas condenados a la suerte de su condición, sin más talento que la absoluta sordidez de una sociedad que no sólo perdona a ladrones y asesinos si tienen dinero, sino que luego les da un cargo de presidente en un banco de Suiza, alcalde de una población estatal, presentador de un programa-basura de televisión, o contertulio en varios. Puede que también saquen un disco que como mínimo será platino, o interprete un papel en una película para darle más "renombre". Joder, cómo somos de retorcidos, morbosos y gilipollas...

Luces de neón, barrio de continua farándula. Graffitis obscenos en las paredes, pintadas de sexo, religión, cruces gamadas, hoces y martillos y una frase que reproduce la que se encuentra en un rellano de las escaleras del edificio Tacheles, la última factoría contracultural de Berlín: "Tras la muerte de la espiritualidad, el hombre reclamará su alma". Graffitis de esperanzas, corazonadas e inquietudes. Bolsas de basura atravesadas por la espina que los gatos, hambrientos, relamían. Zapatillas baratas, sin marca, sin suela, sin fortuna, rotas por el uso continuo del día a día, tropezaban con cuerpos tirados al azar de las reyertas y bacanales al son de un réquiem, no de Mozart, tampoco de Brahms, ni siquiera litúrgico, tenebroso sí. Jadeos y manos prietas, sobre el buitre que vuela en un cielo rojo que sólo se divisa en este callejón. Planea el pájaro carroñero y observa entre los pisos bajos, las pieles de colores, los abanicos de calor y las sillas afuera en las aceras de arenas ardientes. El viejo cíclope, apunta con el parche y dispara un antiguo pistolón de su abuelo, el pirata contrabandista... cuando la Independencia... cree. Sin error, lanza con destreza a la ira, mojada en pólvora ya quemada, derribando el blanco, mientras el negro, mestizo o prieto sigue su andadura, mezclándose con los vampiros de la noche.

Nada más verle el Sargento fue a su encuentro. Con el rostro encendido, se acercó, irónico y burlón.

-Hombre... Eh, chicos, mirad quién llega a la fiesta. Nuestro pensador y gran filósofo, miembro de la Real Academia Española. El Dostoiewski del barrio, o prefieres Shakespeare o Cervantes, que si no me equivoco estos dos murieron el mismo día y año, ¿qué te parece?, me gusta estar cultivado, ya ves chico... y las necrologías son lo mío.

El lenguaje cínico no le inmutó, pues ya lo conocía. Lo que más le molestó, fue la mención de Dostoiewski, la cual enlazó de inmediato con el crimen actual y paralelamente con la famosa novela, su castigo psicológico.

Lo aborrecible de este mundo, es que la gente se siente aliviada al oír tu tragedia. Los hay que están peor que yo -piensan egoístamente. Les gusta que les cuentes desgracias..., les devuelve la sonrisa por un rato.

Lo mejor y más prudente sería no salir de la cáscara, pero si decides manifestarte y sí lo harás, por curiosidad obligada, cuando te halles solo y nazcan las vicisitudes, no cuentes tu dolor, que no te descubran, sino te perseguirán, presionarán, rebajarán, pisarán, ultrajarán y te arrinconarán en el borde de precipicios carecientes de manos amigas. Se convertirán en bestias ebrias de excitación, violentados por la masa descontrolada. Sin poder dar marcha atrás a sus instintos más primitivos, sin escrúpulos, te acorralarán hasta el abismo de un fondo de enajenación. Cuando su fiebre y agitación te hayan abatido, empujarán tus despojos por el acantilado. La caída nunca terminará, siempre te la ceden los continuos acontecimientos de un pueblo suicida que necesita víctimas y para ello, te proporcionan generosamente los ingredientes: angustia, depresión, una bala y un adiós sensacionalista en la prensa de la mañana siguiente.

Andy López no disimuló una mueca de desprecio.

-¿Porque no se va a dormirla?, Sargento Martini...

-Eh, eh, eh, chico, vas demasiado rápido. Doble insulto a la autoridad, ¿sabes que podría detenerte ahora mismo si quisiera?

No estaba muy convencido, pero seguro que era más sensato cambiar el hilo de la conversación y seguirle la corriente.

-Disculpe si le he ofendido, no pretendía... no era mi propósito -casi le imploró, sin el casi-. Estoy agotado, no sé bien lo que me digo, de verdad que lo siento... Necesitaría descansar... por favor Sargento, vengo de comisaría, ya he contado todo lo que sé...

Los oídos le silbaban. Verificó el asco que sentía por aquel hombrecillo y le abofeteó su aliento acarajillado.

-Lo sé, lo sé, muchacho, me lo han notificado... además tienes suerte de que los vecinos corroboran tu relato, joder, si no fuera así, tendrías problemas serios. Ya me entiendes..., sospechoso en primer grado, ficha abierta, investigación y por supuesto unos días entre rejas, abogado de oficio, vigilancia y una serie de interrogaciones... sí chico, es molesto, pero es así, siempre la misma rutina. Claro, así son las cosas, es un caso grave, jo... has tenido suerte de que ha ocurrido de puertas afuera y se escucharan los golpes y gritos en la escalera... -se acarició el mentón con ademán pensativo-. Así es fácil demostrar la inocencia, claro... pero aún así es un agobio, sí... tantas explicaciones y lo que conlleva.

Le guiñó el ojo derecho, sin que entendiera... daba igual.

El Sargento cambió el tono de voz, creyéndose Marlon Brando en El Padrino de Coppola. -Desde luego, nada que ver.

-En fin, pasaré por alto tus impertinencias por esta vez. En lo sucesivo tendrás que mostrar un respeto o te caerá un buen puro, ¿has entendido? Andy asintió con un gesto de cabeza, mirando al suelo, aburrido, dando patadas a una lata de foie-gras vacía.

El Sargento le tendió la mano. Vaya, que amabilidad, no se lo esperaba, tanto protocolo en una persona tan falta de diplomacia. Titubeó, pero al fin cedió la condición humana a continuar su actuación de falsa amistad. Más tarde tendría tiempo de arrepentirse. Todo pasó muy rápido, sin darle un intermedio para reaccionar. Andy alargó la mano confiado, esperando un sudoroso apretón y el Sargento Martínez la sujetó con fuerza, le estrechó cordialmente y después la agarró con extraña tenacidad, como poseído, los ojos enrojecidos por "*l'esperit de vi*". Andy creyó que le iba a esposar, ¿dónde estaban las manillas de hierro?

El Sargento, salido de sus casillas, aplastó su asqueroso cigarro en la palma de la mano, apagándolo con brutalidad, con la rabia de la bestia. Miraba amenazante a los lados.

-Recuerda, a esto me refería con lo de un buen puro...

La serpiente le había mordido, dejándole el veneno dentro.

Contuvo un grito de estupefacción, uauuu, le ardieron hasta los huesos.

El muy hijoputa abusaba de su cargo, ¡qué cabronazo!

Se quedó allí, de pie, maldiciendo. Mirando como el hundido cerebro del Sargento de hierro se alejaba, contorsionando su hundido y gordo trasero, desnivelando el asiento del coche patrulla al que había subido. En procesión se largaron, chirriando y destrozando el asfalto a modo de despedida con el ritmo de Chavela Vargas y su "Cruz de Olvido".

La calle prosiguió con su ajetreo acostumbrado.

Entró muy indignado y dolorido al piso del que poco antes escapaba horrorizado. Regresaba al punto de origen, al epicentro del terremoto que sacudió el edificio a ocho grados en la escala Richter.

-Cómo se pasa, me cago en sus muertos. -Pensaba con la extremidad bajo el chorro de agua del grifo. El tío iba más ciego que un murciélago, ¡qué mamón!

Jazz vino a recibirle, parecía triste, no era de extrañar con tanto revuelo. Frotaba la cabeza contra la mano buena de su amo, para que le acariciara. No le gustaban nada los ojos melancólicos de Andy, ¿cómo podía ayudar, a quién había que asustar? De momento se tumbó a sus pies y cerró los párpados. No dejaría que nadie le hiciera daño. Andy ensortijaba con los dedos el pelaje de su perro que le miraba con súplica. Unas palmadas en el lomo y unas palabras de agradecimiento por estar a su lado.

En el interior del piso, los recuerdos y pensamientos le estaban volviendo loco. Trató de serenarse, -quizá si leyese un poco se distraería. Buscó en la estantería un libro para iniciar su lectura, pero los principios suelen ser más espesos y como ninguno le satisfacía, ojeó de los ya leídos, incluso de los releídos... Imposible, las letras escapaban de las hojas, quedándose en blanco... Abandonó la idea de la literatura... Bueno, no del todo... Cogió cuaderno y pluma y escribió breve:

"Llego a casa y hago punta al lapicero de imaginación,
pero... ¡lamentable!, inspiración se ha marchado.
Sentado frente a hoja blanca con dedos temblorosos,
incapaz mano de ver corazón,
la simple mirada no hace el verso.
Lloran ojos de emoción.
Esa lágrima que recorre la mejilla a su antojo
y humedece el papel, crea lo más hermoso que he escrito.
Sincera y tierna tinta, eres huella profunda..."

Cesó, pues el llanto era cierto y mortífero. Cerró con llave el escritorio. Repasó los títulos y nombres de autor que destacaban en los lomos de los volúmenes que de alguna manera habían tomado parte en su vida, en su formación, en influencias, mensajes y aprendizaje. Le cegó la vista nublada y desistió de su contemplación. Paró el reloj biológico y apagó la luz de la pequeña biblioteca, trastero mágico decorado por el polvo de estrellitas purpúreas. Una varita había ordenado cada momento del tiempo, postergándolo a la quieta y tenue paz del valor sentimental, que perduraría mientras la memoria no desanclara de su bahía neuronal. En este lugar sagrado, compartían con desenfado y resignados, objetos de arte traídos de algún viaje o regalos vacacionales de amigos. En las paredes suspendían de un clavo, palomas chilenas, amuletos incas, las dos caretas de la comedia y la tragedia griega, un típico pueblo canario con sus gentes de yeso, escarabajos inmortales egipcios, bongos de Marrakech, su guitarra española y no más. Eso sí, aparte de los libros, los estantes se hallaban repletos de discos de vinilo, de compactos y cintas de cassette. En el refugio venerado, almacén de gruesos tomos de colecciones de fotografía creativa, pintura y dibujo, la historia ilustrada del cine, el diccionario enciclopédico. Acaso fraternalmente unidos por el entorno y la convivencia en común se apiñaban en sitios estratégicos, para dejar el suficiente movimiento a posibles preludios de inspiraciones antropófagas de la mente de Andy. Tanto rollo para decir que junto a lo ya citado, se encontraban escondidos, si cabe, los enseres domésticos como una estufa, un ventilador, una escalera que hacía a la vez de zapatero, colocados los zapatos en sus peldaños, una plancha de vapor con su tabla, una caja de herramientas, una vieja bicicleta... su primera bici... ¡jo!, de aquello hacía ya mucho... unos abrigos y varios sombreros colgaban de un perchero clavado en la puerta.

No estaba tranquilo, no era miedo, no ahora, pero sentía una desazón, una inquietud que olía a muerto... Chiiiiist -ni se te ocurra pronunciar esa palabra. En lo sucesivo, cuando las aguas retomaran su cauce, tendría que olvidar, o tratar de aceptar aquella jodida madrugada empapada de alcohol y de sangre.

Pedía algo tan sencillo como cerrar los ojos y despertar lejos en otro lugar, dejar de atormentarse, aunque resultase del todo improbable. Se conformaba con el descanso y reposo físico y cargar las pilas de energía en el mecanismo del trastorno psíquico en el que había originado efectos potenciadores. -Se recomienda precaución y consultar a su médico.

Estaba hecho polvo estirado en la cama, viendo pasar despacio las luces del día por la cortina de la ventana. Cambiando las tenues sombras por etapas y espacios inexorables. No lograba conciliar el sueño mítico y primitivo de la longevidad onírica.

¿Se hallaba estropeado o es que no pasaban las horas en el cuadrante solar...?

La mente viajaba veloz, manteniéndose despierta en dura batalla con el cuerpo que permanecía inerte y se rendía, perdiendo la lucha.

Cuántas pequeñeces, cuántos detalles, miedos de colores intermitentes, paseaban cual notas musicales dibujadas en los bocadillos de las viñetas de un comic, por una introvertida psique. Sentíase hermano de paranoias de Woody Allen. Los nervios tensaban las cuerdas del presente estado anímico. Descargas de pánico y ansiedad. La respiración entrecortada, contracciones en el estómago, temblores de frío anfetamínico, angustia, hiperestesia. Corrió en zigzag y se sentó en un ahogado espíritu de incertidumbre. Sin aclaraciones, un personaje enigmático asomaba entre las rejas de su celda. Cautivo de las circunstancias que ajenas habíanse acercado a su puerta, una puerta que permanecería para él, siempre abierta en la herida del recuerdo de todas sus vidas venideras.

Recordaba las últimas palabras del Sargento pirómano.

-En el fondo me caes simpático, eres un buen chico. -¿Se habría estudiado el ciclo de Bogart al completo?

-Voy a dejar que descanses. Creo que no hace falta advertirte que no debes salir de la ciudad... podría

necesitarte, pura formalidad, ya sabes, cualquier indicio por insignificante que parezca puede aportar pruebas y ayudar a facilitar la tarea y resolver el caso sin más demora.

El Sargento Martínez tenía una idea muy equivocada de sí mismo. Pasaba el tiempo sentado en el sofá de su casa viendo culebrones y en los bares alternando con la bebida y las prostitutas. Se creía un tipo duro, insobornable. Nada más lejos, en realidad carecía de personalidad, tenía un pasado oscuro que no vale la pena contar. Vendería a su madre -si no lo hizo-, por media botella de ginebra, quizá por una simple copa del primer licor que su nariz golpeada olfateara.

Que lastima que la seguridad de mucha gente dependiera de una grotesca calcomanía de bufón comediante, incapaz de atravesar lo que separa la pantalla visual del serial auténtico que se encuentra al otro lado y sobre todo en situación de sobriedad como cabría esperar de un defensor público, al que la gente, sin conocerle, confiaban sus temores, confesando, creyéndose protegidos de un miedo que esa mano titilante y dudosa no mitigaría, porque el Sargento estaba enfermo y era él quien necesitaba apoyo facultativo.

No se entendía porqué razón no lo retiraban del servicio, de las calles. Podían asignarle tareas de menos envergadura como el trabajo de oficina. Imaginó a la señorita Rubens acosada sin miramientos por el fantasma degradado a la estancia sedentaria, haciéndole todo tipo de proposiciones deshonestas, bajo amenaza de precariedad en el puesto de empleo.

Al cabo de un buen rato, tras una lluvia de "oraciones", por fin la luz se fue apaciguando, una suave somnolencia apareció en el ambiente, disipando los monstruos que aun latentes flotaban. Y logró dormir... dormir... Durmió cien sueños desgarrados, aunque no recordara ninguno.

Con pereza y algo forzado, despegó las legañas de los ojos cosidos, que se negaban a la evidencia de relevantes contratiempos y enfrentamientos. Lo primero que vio fue el radio-reloj-despertador cuyos dígitos ultravioleta anunciaban las diez. La alarma había saltado y sonaba música, una canción rock-country que conocía muy bien, de los Creedence. Siempre frescos... ¡de agradecer!

Lentamente repasó el entorno, recorrió con la mirada el gran armario empotrado a la pared, trepó hasta el techo admirando las vigas de madera noble de embero, descendió la vista a las baldosas que deslumbraban por efecto de un rayo de luz solar que penetraba desde el ventanal. Las paredes de estucados grumos relucientes, todo decorado combinando lo más rústico con un estilo más modernista y detallista. -Bravo por el maestro diseñador "Anticuuario-Vanguardismo".

Sin embargo como valor añadido, comenzó a arderle la razón cuando se giró y descubrió a su lado a una mujer tumbada. ¡Dios, esta no era su habitación!, y que hacía él allí, yaciendo con una chica desconocida y semidesnuda. Paró de un golpe el reloj de agua. Que alguien me dé una explicación.

La mujer se sentó estirando los brazos, desperezándose. ¡Era la señorita Rubens! De nuevo estiró los brazos, bostezando. Levantándosele con el movimiento el minúsculo camisón, dejando ver su tupido sexo. Ella se giró hacia él con risa pícaro y pensamiento pecaminoso...

-Aaaah, ya son las diez. Buenos días cariño mío, aaaahh, cómo me gustaría quedarme aquí contigo, pero... tengo que ir a trabajar. La hembra apretó su enorme cuerpo bien estructurado contra el de él, que también se encontraba desnudo. Se dejó abrazar sin resistencia y sin entender nada, sólo que la excitación crecía y la muchacha recorría cada rincón de su piel caliente hasta profundizar en su propia alma, buscando... con la lengua poseída le empezó a succionar el pene erecto.

-Cómo me gusta, cariño. Quiero que me penetres con esto tan... duro.

Él, obediente, no se quedó quieto, mientras ella gemía y desbordaba sus carnes, empezó a acariciarle los pechos, a lamerle los muslos, los redondos glúteos, goloso y glotón sus manos trataban de multiplicarse. Se fundieron en el abrazo nervioso de la energía descontrolada del deseo correspondido, salvaje, la pasión liberada, los dedos jugaron en su vagina, con el clítoris, introduciéndolos, notando el flujo húmedo y un fuerte olor indescriptible.

-Cómemelo, querido... uuuuaauuu, así, aaahh, sí, sí, así, muy bien, qué gusto. Separaba las piernas y aplastaba la cabeza de él entre ellas, dejándole sin aliento, incitándole a seguir. Ella no paraba de hablar, de ronronear, de pedir más y más. Aquella mujer jamás quedaría satisfecha. Él callaba y acariciaba, estrujaba. Cabalgaron frenéticamente cambiando de posturas. Ya no aguantaba más, le venía, le venía... fue cuando le llamó por su supuesto nombre que paró en seco, flojeando el duelo, se levantó de golpe, corriéndose en la cara de ella.

-¿Edgar, has dicho Edgar...?

-Claro mi amor... esto es nuevo... me gusta, -dijo untando el semen en el dedo y metiéndolo en la boca, provocativa se relamía.

-¿Qué te pasa?, te noto extraño..., me has hecho gozar. ¡Uuuu! qué tarde se ha hecho. Se asustó cuando miró el reloj de péndulo. Tengo que irme, querido.

Ha sido genial, luego repetimos, ¿vale?

Hizo correr el agua del bidé, jugando con los grifos, hasta que el chorro salió a su gusto, colocándose a horcajadas, se lavó tarareando una canción famosa de Mama's and the Papa's.

Se puso ropa interior llamativa, las medias que rozaban sus muslos, camisa con generoso escote, falda corta, una cazadora tejana y zapatos de tacón. Al andar por el cuarto, se imaginó a Marilyn, la mujer que mejor movía las caderas al caminar sobre zapatos de aguja. La Rubens estaba francamente estimulante, le gustaba, era una chica estupenda que le excitaba su mera presencia, induciéndole a observarla traspasando la barrera del pudor, lindando con el voyeurismo. No la encontraba obesa como al principio, más bien era grande, voluminosa, alta y voluptuosa.

-Bueno... ya me marchó. A las cinco estaré de vuelta. Hasta luegoito...

Le propinó un beso de tornillo y le volvió a magrear el miembro que despertó al ser saludado.

La despidió y cerró la puerta. Le sobrevino un mareo, el piso cedió, un movimiento raro se cernió en el pensamiento. Necesitó sentarse en el sofá de muelles chirriantes. Definitivamente se estaba volviendo loco.

Puso en pie su imaginación. A ver, centrémonos, -pensó. Ventana con cristal roto, vale. Sillón que se salen los muelles, vale... Jazz tumbado en el comedor... la puerta, restos de sangre... ¡De acuerdo!, estaba en casa.

¿El dormir no había sido suficientemente reparador? ¿Había hecho el amor, o mejor dicho, el sexo con la tal Rubens?, era una alucinación tras otra. ¿Se estaba convirtiendo en un snob del sonambulismo? No lo sabía, pero notaba que algo se transformaba en su interior, recibía estímulos, se sentía con fuerzas, no temía donde le llevara la desembocadura de este río escatológico. En su faceta bipolar se encontraba en un surtidor emergente de euforia, jánimo, tío, -se dijo. Se terminó el lloriquear. Le dominaba un estado de poder que iba aumentando paulatinamente.

Andy López haría frente a todo lo que había y a lo que estuviera por venir en el camino... y si no, siempre le quedaba el atajo del destierro a un remoto subsuelo nativo y comenzar desde cero con la desconocida tierra rural. Aprendería a cultivar almas sin esclavos, ni lamentos de queja en los campos sureños, emprendiendo distancias de pasos descalzos. Suspirando... respirando... escuchando los tambores bajo la piel del cielo. Lucharía con los virus, hongos y bacterias que amenazan cosechas siendo portadores de plagas como las de 'el escarabajo de la patata', 'el alacrán cebollero' y 'la mariposa de la muerte'. Infinidad de ácaros siempre al acecho. Si era necesario habría que combatir fumigando para desinfectar.

...un muelle que salta, una rosca que se pierde o algún misterio que se encasquilla y paraliza...

Y si Sam no la vuelve a tocar, siempre nos quedará París y el comienzo de una gran amistad.

Miró su imagen en el espejo, hurgó en su nariz y se rascó el picor de los testículos. Guiñó el ojo izquierdo y levantó el pulgar derecho con una mueca egocéntrica de satisfacción... quizá más anexa al andén aprobatorio del reflejo anamórfico. Sudaba y olía a sexo, desodorante excesivamente condecorado con el medallón de embriaguez, emblema de honor de macho...

Aromas de pieles de naranja exprimidas en noches frías, de calles gastadas de deseos de vagar con anhelos de excitación. Vírgenes en los portales de los primeros años, edades pobladas de ladillas, purgaciones... chancros sifilíticos...

Entró en la ducha y enjabonó el sensible olfato de la piel de Rubens, pintada en el lienzo de su piel en los cinco sentidos. Secó con la toalla los últimos interrogantes y perfumó su buen humor. Peinó las entradas, vistió la desnudez con tejano y cuero sintético. Le ajustó la correa al cuello y bajó con Jazz a la calle.

Walking the Dog por la calle Vertedero a trote ligero.

Caía una fina lluvia, le motivaba caminar en estos días grises. El agua permitía que se respirara con frescura, armonizando con la naturaleza de una ciudad selvática. Corrían los paraguas y los niños enfundados en obligados chubasqueros de colores chillones. Brillaba el suelo mojado y de los adoquines renqueaba una nebulosa que lo envolvía todo, creando una atmósfera surrealista que le recordaba el ambiente de las películas de Ridley Scott, en especial Blade Runner. Un futuro de lluvia ácida, superpoblación y alquileres en el espacio, con automóviles surcando la estratosfera. Sin bien ni mal... Alegato de replicantes con necesidades terrenales, buscando el milagro de la vida que sus propios

creadores les privaban. La lluvia es una huida de la polvorienta secta existencial. Da sensación de libertad, de caminos sin rayas de horizonte, con puertas abiertas a lejanas tierras donde nadie es conocido.

-Vamos a ver esa mano, ummm, una buena quemadura... ¡vale!, ya está. Te daré una pomada que va muy bien, te pones un poco por la mañana y un poco por la noche y lo cubres con una gasa, ¿de acuerdo? Acariciaba a su acompañante. ¿Cómo se llama?, -preguntó con interés.

-Andy Ló... aah, Jazz. Creí que me lo preguntaba a mi.

-¿Jack?

-No, Jazz. Igual que la música, se lo puse porque es negro y toca el saxofón.

El dependiente de la farmacia esbozó una sonrisa acompañada de una carcajada. El dependiente Jorge Venereo, resultó ser un melómano, un ávido lector, cinéfilo, historiador y tal como hablaba de la mujer, misógino. Obrero aburrido dando gracias a la esclavitud del trabajo, la vida... Después de llenarle el coco de "Duke" Ellington, Ella Fitzgerald, Louis Armstrong, Benny Goodman, Billie Holiday, Charlie Parker, Miles Davis, John Coltrane, Charlie Mingus y Ray Charles, con sus diferentes estilos desde los principios folklóricos de los negros estadounidenses traídos como esclavos, le contó sobre el poder negro, los espirituales, el blues... Cuando Andy decidió irse, Venereo todavía hablaba, gesticulaba y reía apasionadamente, contento de haber encontrado una persona que le escuchara tan atentamente. No le cobró la pomada y le regaló el libro "Niebla" de Unamuno. Se despidieron con un afectuoso apretón de manos.

Jorge Venereo charlaba por los codos, pero sabía lo que decía y Andy simpatizó con él, admirado de sus conocimientos y de sus mismos gustos. Disfrutó participando en la conversación y prometió acudir a las tertulias que daban los jueves en el bar de las Artes.

Acompaña el vaivén de la puerta de cristal de la farmacia. Por un instante piensa que hay demasiadas puertas en sus vivencias, que se alzan muros infranqueables. Conclusión, derrumbar barreras. A partir de ahora, él limitaría sus pasos al infinito.

Como proyectiles lanzados por arma de fuego, continuaron hasta llegar al Parque de los lagos. El único en Cosmopolitano. Antiguamente era una fábrica que cerró, pasaron los años y continuaba en desuso, desalojada, con la ayuda de abandono y las firmas de los vecinos, consiguieron tener unos bonitos y necesarios jardines con sus fuentes, sus juegos infantiles, bancos donde sentarse los ancianos que dialogaban al sol sobre historias de otros mundos. Las parejas de adolescentes besaban la mejilla de la ilusión en cualquier rincón. En un gran patio se jugaba a la pelota, patinaban o circulaban en bicicleta; también construyeron un frontón y en todo el parque se hallaban plantados un centenar de árboles autóctonos. Los perros trotaban por el césped artificial.

Andy fuma unos cigarrillos y observa el entorno "Maqueta del Edén", cansado de tirarle palos para que se los devuelva. Jazz es autodidacta, prefiere ir a su rollo, además no le encuentra el sentido a lo del palo, él era un perro libre, sujeto a su amo por cariño recíproco. No nos equivoquemos, -a otro perro con ese hueso.

-¡Jazz!, por hoy ya tienes bastante. Vámonos a casa, venga, ven aquí Jazz... Lógicamente Jazz no tenía ninguna prisa, se hubiera quedado un rato más. Pero había que obedecer al amito, que estaba pasando por un percance de lo más desagradable.

-Guau, guauu, guauuu -se despidió de los de su raza, que respondieron y a su vez, dieronle un ceremonioso hasta luego con un coro de ladridos, aullidos y un intenso tirón de correas. Los dueños hacían verdaderos esfuerzos por dominar la situación y mantener la calma. Gritaban que callaran y estuvieran quietos. -Esto no era justo, primero les daban confianzas y al terminar de leer el periódico, dialogar con sus semejantes y presumir de chucho, ¡hala!, para casa, ¿tanta prisa había?, ellos estaban encerrados entre esas paredes que llamaban pisos, casi todo el día. Necesitaban explayarse y recrearse con los de su raza. Jazz le tenía echado el ojo a una linda Alsaciana de casta como él. Pero a saber si la volvería a ver en otra ocasión con más tiempo.

-¡Baaaah!, estos adultos no nos entienden. ¡Qué vida más perra...!

"Angie, las nubes negras te acompañan", decían los Rollings desde un diminuto aparato que escuchaban unos rockeros, tendidos en la hierba, pasándose un "peta" de maria. Andy tenía treinta y nueve años y había prescindido de las drogas, mas no del psiquiatra que le recetaba sucedáneos permisivos legalmente, para que pudiera conllevar el pasado ayer y el presente hoy, con el futuro de un mañana orgánico.

Pensaba en el colgado de su psicoanalista. -¿Necesitaría también terapia?

Iban a cruzar una calle "frecuentemente intransitable". Avanzaron cuatro pasos, Jazz notó el peligro cerca. Por la izquierda y en contra dirección, un vehículo deportivo venía derecho hacia ellos, a una velocidad extrema, acción inusual siendo un carril peatonal con garantía de ocio. Sin duda el auto criminoso les embestiría si no actuaba deprisa, ya que Andy no se había dado cuenta. Estiró de la correa con todas sus fuerzas, agitándose y ladrando, dio la alarma empujando de un formidable salto al dueño distraído, en el mismísimo instante en que el coche pasó como un rayo. Hombre y can cayeron en unos matorrales, saliendo con arañazos y sin número de matrícula.

Los transeúntes le preguntaban si estaba bien, si quería que le acompañaran al dispensario de "Cuatro Calles", que estaba allí al lado. Maldecían a gritos al temerario conductor.

Andy agradeció el vivo interés de la acrisolada congregación y marchó después de examinar minuciosamente a su lobo salvador. Bueno, por suerte no había pasado de un fuerte susto repentino e inesperado, aunque temió que guardara en el peor de los casos, relación con la casualidad premeditada. En adelante "por si las moscas", tomaría precauciones y vigilaría de no dar la espalda a la gente malintencionada.

Leyó su supuesto nombre, Edgar García, en el buzón, junto al de su hipotética compañera de reparto, Marta Rubens. Letras en relieve, mayúsculas y plastificadas. Bastante gastadas, lo que demostraba que no era reciente el cartelito. Sólo propaganda, nada de correspondencia. Subió las escaleras llave en mano, entró en el piso, encendió las luces sin titubeos, conocía el recibidor a pesar de no deducir claramente la situación. ¿Cómo se entiende que viviera sin respirar?

Agudizó el esfuerzo de concentración por cerciorarse de algún paso no realizado, ¿cometió un error de cálculo? Rechazó las voluntades involuntarias que desmenuzaban los fundamentos creenciales para justificar el raciocinio de este aparente fenómeno... ¿paranormal?

En el estuco del comedor, dos copias regateadas del cubismo sintético de Juan Gris. Cuadros que él mismo había comprado un domingo en el mercadillo artesanal "Buscando tres pies al gato", puestos ambulantes de venta al por menor que bordeaban el malecón del muelle "Olas de pena en playa seca". ¿Significaba que llevaba una doble vida?, ¿qué estupidez! Con todo, fusionaba con las dos, empero no recordaba bien una ni otra. Circulaba por alturas espinadas, en un velocípedo tándem, con una existencia en cada sillín, pedaleando con las cicatrices de nacimiento a piñón fijo, manillar sin manos, rodaba la corona dentada en el engranaje que la cadena grasienta retenía en mordedura de campanas de borrados y tachados telares de infancia. Llagas abiertas a un siniestro conjuro catapultado al fracaso, aislado de multitudes de días tal vez memorables echados al ahogo de aguas turbias, bajo el puente inagotable de piedras cronológicas.

Descartó este aliño de conjeturas por inexistenciales, falta de exactitud y pruebas contundentes. -Continuaría buscando la panacea Universal.

Pese a sentirse raramente familiarizado con la casa, pues reconocía sus habitáculos, siempre existía un pero... aquel no era su hogar y allí no estaba roto el cristal de la ventana, no chirriaba el sillón, ni siquiera era de muelles.

Empezaba a hartarse de aquel juego y su cruel partida y aún más cuando se apagaron todas las luces.

Sacó dos velas de un cajón y prendió una cerilla encendiendo la torcida de algodón, iluminando al acto el lugar con la difuminada claridad de los parches oscuros de sombras cimbreadas. El ambiente era idóneo para la intimidad de una pareja, una cena fría, para una velada entre amigos con música de fondo, para teorizar temas místicos, bailar con las emociones, para llorar con sentimiento, para una noche bohemia y poética. Pero para nada en su estado de desconocimiento, de inseguridad, aunque... ¿cómo había adivinado que las velas se encontraban en el cajón elegido? Fue directo a él, completamente convencido de hallarlas. No había duda de que la casa estaba impregnada de huellas suyas. Caprichos del destino.

Un soplo de aire helado apagó las minúsculas llamas, se proponía rascar otra cerilla; antes quedó mudo, -estáte quieto-, prometióse mismamente. Se oía una voz tenebrosa, el viento gemía, caían candelabros, figuras de porcelana, las hojas de los árboles revoloteaban entre el vendaval de tallos cortados. Andy López sentado en un banco de piedra, abrochó la cremallera de su cazadora de cuero viejo; al lado, su padre borracho bebía de una botella envuelta en papel mojado.

-¡Padre, que haces tú aquí!, -le espetó con dureza.

-Eh, amigo, déjeme en paz. Yo a usted no lo conozco, lárguese y no me sermonee, coño, todo el mundo se cree con derecho a meterse en mi vida. ¿Sabe lo que le digo?, que se vaya a la..., -ya no se oyó más, el indigente se mezcló con las notas de piano que sonaban ahora, justo cuando las campanas marcaban las

horas de los difuntos. Alegre, minueto, presto. No pasaba ningún vehículo, espera, sí, por ahí viene uno. Corrió por el desierto con los brazos levantados, señalizando para que se detuviera. Pudo ver con absoluta nitidez al conductor, ¡era Andy!, pero él era Edgar. Dos disparos sonaron, dos impactos al corazón. El coche le golpeó haciéndole saltar por los aires, desde el alto trampolín se zambulló en las aguas refrescantes de la piscina del hotel Caribeño, estaba en su punto... ¡qué bueno! Subió la escalerilla, se secó con una toalla y se estiró cuan largo era en la hamaca de telas terapéuticas. A su izquierda un hombre tomaba el sol, lo miró dos veces para no equivocarse, le conocía, esa barriga era inconfundible. Aún así quiso asegurarse, le pidió fuego, el hombre se giró y le dio lo que pedía. Andy encendió el cigarro con el fuego de un mechero dorado que le ofreció... ¡El Hombre Orquesta!, ¡vivo!, con las tripas dentro, tomando un aperitivo con una chica joven en top-lés. Quiso decir algo, lo intentó, el hombre no le hizo caso. Parecía que el único sorprendido era Andy.

-Por favor, estamos ocupados. Traiga un martini con limón a la señorita, -dijo mientras la besaba tranquilamente. Tenía gracia, le había confundido con el camarero. Alguien le hacía señas desde el bar, cuyo rótulo rezaba: "Para más I.N.R.I.". El dueño sería católico y probablemente judío, nada que objetar. Cada cual ponía el nombre que le daba la gana a su bar y era libre de creer o no creer en la iglesia, o de ser un bromista y poner un letrero rebuscado...

-Hilarión, atiende la mesa cinco y cobra a los señores de la siete, que ya se van.

Se miró, sin dar crédito, aquello era una enorme nube tormentosa que arrasaría estrepitosamente, alud de nieve sepultando injurias y muñones de batallas contemporáneas, dejando un rastro de estalactitas y estalagmitas a modo de Sodoma y Gomorra, Adnia y Seboyim. Castigo contranatura.

Se miró de pies a cabeza, vestía de uniforme, no le agradaban los uniformes, despersonificaban la escasa personalidad que quedaba, masificando caracteres. Se desprendió del chaleco, la única prenda que poseía la indumentaria sin que nadie se escandalizase por su ausencia. Lo plegó y lo dejó sobre la barra del chiringuito.

-Señor Pérez, me despido, búsqese a otro que aguante su látigo.

-Vete, vete, ingrato, después vendrás a pedirme que te deje volver. Ya te lo digo ahora y muy en serio: ni se te ocurra, no quiero verte por aquí.

Hecho un ovillo desencajado, Edgar, Andy o Hilarión, subió en el Cadillac de un cliente al que guardaba las llaves; como un autómatas lo puso en marcha y pisó el acelerador convirtiéndose en fugitivo "fuera de la ley". Atrás quedaban los dueños con el puño en alto y María Callas en el hilo musical.

Condujo durante horas por una carretera rodeada de paisaje desértico, cuyas dunas se arremolinaban y creaban vientos de arena en polvo que le hacían cerrar constantemente los ojos, lo que le dificultaba la conducción. A cada azote, el viento rugía de forma espectacular, con un estridente siseo de estremecimiento. Esperaba en cualquier momento ver resquebrajarse la tierra y emprender una caída infernal en picado. No conocía el sitio, parecía una de aquellas largas carreteras californianas que recorrían Dennis Hooper y Peter Fonda en "Easy Rider", de vastas y áridas extensiones, encontrando en esta "Road Movie", su destino. Un film generacional que marcó toda una época. Magistral la melopea de Jack Nicholson fumando su primer porro y su posterior discurso verborragico sobre marcianos. Importante la música de Jimi Hendrix, Steppenwolf...

-Pare aquí mismo, -exclamó.

El taxista le devolvió el cambio y se perdió en una densa niebla de pequeñas callejuelas de barrio.

Andy reflexionó, hizo cábalas, meditó, consideró, estudió, supuso, reprodujo, analizó, interpretó, confeccionó, construyó, examinó...

-¡Eeeh!, hola Andy, ¿qué haces colega?, te veo muy pensativo...

Era Andreas, vecino y amigo de la infancia.

-Pues ya ves tío... por aquí...

-Ya me enteré de la movida, joder qué pasada ¿no?, qué chungo, ¿has leído los periódicos...?

-No... bueno, algo me han contado...

-Tranqui, yo te lo cuento. Pues mira, el tío en cuestión, sí, el muerto, resultó ser un cabrón. Había estado en el "meco" por varias violaciones a menores. Le denunció su propia mujer por vejaciones y malos tratos, se ve que no todo acababa ahí, también abusaba de sus dos hijas de diez y doce años. ¿Te das cuenta amigo?, unas niñas que quedarán marcadas, traumatizadas para el resto de sus días. Tendrían que

habérselo cargado mucho antes, se lo merecía el hijoputa. Para mí, y te lo digo en serio, el asesino es un héroe... y ya me conoces, sabes que soy pacifista. Pero este no es un caso de violencia gratuita...

-No, ya... pero, bueno si todo eso es verdad, tendrías razón. Y la persona que se haya tomado la justicia por su mano... merece un premio ¿no?...

-Cierto, colega. Te noto afectado, es lógico... oye, ahora que pienso, esta noche hacemos una pequeña fiesta en un local que hemos alquilado para ensayar...

-¿A sí?, ¿ya no estáis en el de la esquina?

-Qué va, lo dejamos la semana pasada, no, la anterior, era demasiado cutre, este no deja de ser un antro, pero más ganso y mejor insonorizado. Hoy lo inauguramos y nos gustaría tener un poco de público. Ahora sonamos mucho mejor, ¡ostras!, ¿cuánto hace que no nos escuchas?, ¿medio año?, ¡más de seis meses!, estamos muy desconectados últimamente. Ahora esto va en serio, somos profesionales, quién lo iba a decir ¿eh? Además tienes que venir obligado, tocaremos una de tus letras, sí hombre aquella del "Loco del sueño", va, te esperamos. Les darás una sorpresa a los chicos, se alegrarán de verte, con lo del tío que ha palmado, sales cada día en nuestras conversaciones. Bueno, te voy a dar las señas, es en la calle "de la sangre" esquina con la de "cuchillo afilado", en el número veinticinco. ¿Tienes un papel?, ¿no?, espera yo tengo.

Escribió la dirección en un papel de fumar verde y se despidieron varias veces.

-Venga, hasta luego. Procuraré ir a veros tocar, me hace ilusión y supongo que me irá bien ver a la gente, -se guardó la dirección en el bolsillo.

-Claro que te irá bien, joder, es lo que necesitas, cambiar de aires aunque sólo sea por unas horas, ¡ah! y vendrán unas tías muy legales que conocimos cuando tocamos en Cadaqués... a ver si te enrollas... que la soledad no es buena compañera...

-Yo creo que si la buscas, la soledad es la inspiración de una poesía, la armonía del pensamiento, respirar con el alma un paisaje... pero, cuando no la anhelas, la soledad es desespero, es un puñetazo anímico, un sigilo sin sentido que acaba en el vacío, voces de silencio en el espacio de la sinrazón... la locura más oscura y sin salida, prisionero del ansia...

-Vale, vale, para el carro, jo, no veas como te comes el "tarro" ¿no?, tienes que ser positivo, ver las cosas del lado bueno. creo que era Goya el que pintó un hombre dormitando sobre la mesa y bestias en el entorno, "El sueño de la razón produce monstruos", así se titula el cuadro. Tú te pasas el día pensando, engendrando situaciones límite y eso no es nada saludable; recrea la mente con agua fresca, llénala de detalles representativos de valores esenciales en la vida, sentimientos que valgan la pena, sé óptimo, ya sé que no es fácil pero hay una palabra que es la cumbre del equilibrio, con la cual es más hermosa la existencia y te hace amar lo sencillo y comprender maneras de ser, esa simple palabra es "ilusión", búscala compañero. Te conozco hace muchos años y te sigo apreciando cantidad y un consejo es que intentes ser más sociable y disfruta de tu instinto más salvaje, el primitivo desenfreno, la bacanal de la comedia y la risa es necesaria...

-No veas si tienes labia, Andreas Papas Rodríguez, luego dices de mí. Vaya filosofada... te lo agradezco y tienes toda la razón del mundo. Por cierto ¿no pertenecerás a alguna secta?, -sonrió amigablemente.

Rieron un rato y recordaron momentos de su pasado común. Volvían a la niñez, a la infancia, a la adolescencia por un breve pero intenso instante.

-Oye y ese vendaje de la mano...

-El Sargento Martini me quemó con el puro.

-¿Qué? Un día se lo meteré por el culo. Seguro que iba bolinga, ¿verdad?, claro, qué tipejo más impresentable... bueno amigo, voy a ensayar los últimos acordes para la noche. A partir de las once estaremos en el local ¿vale? Venga, hasta luego... y recuerda, alegría y a luchar... tú y yo somos supervivientes, ¡hasta la noche!

Diez pasos, luego giráis y disparáis... ya sabéis quién gana... uno, dos, tres. Andreas había sido su mejor amigo en cierta etapa de la contradictoria pubertad. Habían recorrido juntos el serpenteante túnel del tiempo y con un hambre voraz destaparon "cajas chinas", probaron sin digerir los frutos prohibidos de la civilización. Le llegaban a la mente las inacabables noches de tertulia y borrachera, los viajes "a dedo", la aventura cosmológica y las calles mojadas de entonces. En muchas ocasiones se infiltraba, perdiéndose en aquellos días de psicodelia, espiondo, escarbando secretos bajo el techo de nostalgia y añoranza, rememorando los sentidos iba hojeando con piel de gallina, cuadernos de fotografías muy mal hechas, mal enfocadas, algunas ni se distinguía de lo borrosas, pero daba igual, eso no importaba, eran fiel testimonio y

prueba de una esencia que se mantendría siempre intacta, con un valor sentimental y una pureza endiablidamente espiritual y emotiva de unos niños que crecen atónitos y son sorprendidos por un mundo hipnótico, destruido por la sorna inhóspita, hostil, cruel y vil de unos en detrimento de los demás y viceversa.

Las víctimas son siempre los indefensos enanitos del bosque y la dulce Blancanieves.

Como una estatua, sentado *"In Albis"*, apoyado en la barra petrificada del café "Odisea espacial", navegaba en el ambiente Underground-Futurista. Mezcla Factoría Warhol con marcada tendencia y culto a Kubric. El camaleónico Bowie-duque blanco, toca al saxo una desgarradora pieza de Funki-Jazz-Rock. En las paredes hay imágenes históricas del primer paso en la Luna, Graffitis del metro y calles de Nueva York, Otis Redding, el rey del Soul, micrófono en mano, cantaba a dúo con la Dama de los espirituales, Aretha Franklin, la voz más negra del Universo, una canción "A capella" desgañitada, tensa, con unos coros increíbles que desde luego llegaban al Soul (Alma). Por otro lado, enganchados con chinchetas estaban Lou Reed, Nico y John Cale, formación de la legendaria Velvet Underground. Un póster muestra a "Divine" lamiéndole la ésta, a una Drack Queen acariciándose las tetas. Este café musical (ahora sonaba Edith Piaff), era un mausoleo de arte contemporáneo, lleno a rebosar de carteleras con películas destacadas en la historia del Séptimo Arte.

Andy tomaba su "leche enriquecida", entretenido en un minucioso repaso del meteórico formato artístico. Fotografías en color, beige y blanco y negro mostraban la sinopsis de los siglos transcurridos y embotellados para algo más que decoración. Un verdadero reportaje institucional de progreso y retroceso, uso y abuso. Un extenso elenco cultural preso de antesdeayeres y pasadomañanas. El "Odisea" era un macro-bar-museo empapelado por los chantajes del tiempo. Copito de nieve se reía de la historia, Einstein le sacaba la lengua, Hitler saludaba en el discurso de los Juegos Olímpicos de Berlín. Serigrafías de sopas y hongos atómicos, el Pop-Art se codeaba con Mao, Carlitos y Snoopy, Ghandi o la Madre Teresa de Calcuta. Roy Lichtenstein dedicaba su visión estática hacia un Picasso azul cubista, a un Dalí psicótico-delirante-hiperlúcido, a un enfermizo Modigliani negro... a un cartelista circense y cabaretero Toulouse-Lautrec. Músicos con pincel, pintores con clarinete. Escrito entre líneas a doble espacio. De los amplificadores "Que largo y curvo camino" del doble disco blanco de los Beatles. Gestos immortalizados de presidentes, papas, emperadores, Peter Pan y El País de Nunca Jamás. Esculturas florentinas, una biblioteca de clásicos y comics, pensadores y metafísicos alemanes. Una cámara de los hermanos Lumière, más inventores, más películas, directores de cine, asesinos en serie en rincones oscuros, niebla y luces fundidas, truenos, fuegos, efectos especiales, pescadores de imágenes. ¿Qué no había en el "Odisea"? Andy López dio un respiro a las pupilas, cansadas de ver y leer los pequeños "pie de letra" de cada recuadro aspirado por pipa de agua. El Mundo está aterrizando en el "Odisea", abrochense los cinturones. Encendió un "pito" y exhaló con ganas la primera bocanada, se atragantó con el humo de la chimenea, la tos bronquítica-asmática le hizo jurar dejar de fumar, -tenía los pulmones demasiado cargados-. Ya a los once años intentaba por todos los medios dejarlo, sin éxito... fracaso precoz.

El único bicho viviente que desentonaba en la Naturaleza, -piensas bien, era el humano. Quizá por lo de civilizado llevado a extremos. En demasía, se volvía en contra renaciendo un "pura sangre" salvaje y traidor a los principios del pensamiento correcto y la obra del buen juicio. Andy admiraba y detestaba a ese ser de raza mezquina, ultrajante, dominante y manipuladora, sentenciado a retornar libertades y espíritus benignos sin acercarse siquiera a sí mismo.

Callejeó un rato en solitario. Anduvo sombrío por las brasas de fuegos apagados. Todavía percibía el olor a tanto. Hoy cabía esperar que hubiera desaparecido el silencio, guardado en el armario, junto al vacío y melancolía de una percha. El Alma empotrada en la calma de una caja de zapatos y un amuleto sin atributos.

¿Porqué no duermes niño, tienes miedo a soñar? Anclada la infancia en ceniza de azares. Condición y estampida de consecuencias. Sentado en el suelo de los avatares de la vida, quisiera acabar la página. ¿Por favor... el futuro...? -Perdón, soy nuevo aquí, pregunte en la tienda de al lado. Collar de piedras, símbolo de desencanto, mirando en el espejo el responso aislado en quieto reflejo de esperpento.

Pancartas en la calle "Manifestación"... Tú no entiendes lo que yo no me explico... qué escondes, qué sabes... sólo imagino, qué sé, qué oculto, porqué pregunto si no respondo.

-¿Qué te atormenta?

-Envejecer, me atormenta obsesivamente sólo el pensarlo, no me sé ver con la edad deteriorada y el físico... la mente. Vegetar y que no pueda valerme por mí mismo... estoy a favor de la Eutanasia ¿vale?

-¿Algo más?

-¿Algo más? Bufff, sería más fácil decidir las cosas que no me obsesionan. Hemos dicho que envejecer... ummm, no podría, ¡si ya me siento viejo!, quisiera morir relativamente joven y de forma noble. También me aterraría perder la inspiración, me siento fatal ante la hoja en blanco y que Imaginación me gane la partida quedándome en su ausencia. Suena trágico y para muchos insustancial, pero si mi mano no escribe ¡cortádmela!, sin musas me mataría, moriría de pena, como los enamorados del ramo del romanticismo.

-¿Hay alguna cosa más?, -insiste.

-Cuando contaba con diez, once años, dormía con Poe. Supongo que de esas noches proviene la enfermiza mortificación por ser enterrado vivo, igual que aquella enfermedad llamada, creo, catalepsia, ¿no?, que antiguamente ocurría con demasiada cotidianidad, dado por muerto, enterrado bajo tierra y despertar dentro de la caja fúnebre, ¡Dios, qué agobio! He leído que se han encontrado infinidad de ataúdes, una vez abiertos, arañados hasta la saciedad, con las manos y rostros agarrotados y el horror dibujado en la falta de oxígeno. Ya me he preocupado de que no me ocurra, di mi cuerpo a la ciencia, a ver si por lo menos muerto sirvo de algo. Y para no aburrir terminaré diciendo que me da pánico la propia vida, la enajenación de los demás y un adiós con la estela de risas enlatadas...

-¿Un deseo?

-Vivir sintiéndome vivo y... borrar todos mis tormentos.

Una fuerza emanaba del centro del Globo terráqueo, como magnetita pura, imantada con el poder de un tornado y él se encontraba en su interior, eclipsado sin remisión. Un extraño fenómeno se produjo: las agujas del reloj de pulsera iniciaron una regresión cronológica, girando a velocidad inminentemente vertiginosa, giraron las manecillas, sí, en sentido inverso y en un tiempo micromilésimo. Tinta blanca, agua de noche, dame coherencia o clávame la oscuridad de la media luna con su estrella, compañera inseparable. Cambió la intensidad de la luz del día.

El reloj neumático se detuvo a las tres de la madrugada. -Bueno, por lo menos ya habían dejado de ser las cuatro. -Andreas Papas Rodríguez decía que pensara positivamente.

Una puerta se abre y entra una sombra a contraluz, produciendo una niebla celeste. La misma puerta se cierra y la habitación queda completamente a oscuras, ¡pero está al aire libre!, no existen paredes, es un gran descampado sembrado de cruces. Las tumbas del Camposanto le rodeaban como plantas de enredadera que desearan abrazarle, quizá ahogarle. Sus pies estaban descalzos, cayó al suelo arrodillado frente a una lápida, se persignó por vez primera en treinta años. Los ojos le parpadeaban nerviosamente, pedía perdón. Por caridad, sin represalias, suplicaba oscilando el cuerpo a punto de perder el equilibrio. Comprendió que no podía seguir así por más tiempo, que no solucionaría nada con esta actitud. Adelantaría el programa de rebobinado de su ¿destino? En cualquier caso, sintióse "Humillado y Ofendido", se levantó con esfuerzo, le dolían las rodillas. Encendió un cigarrillo y expulsó el humo que se unía a la densa niebla y al aliento que sin fumar, del frío, brotaba al respirar.

Dos focos iluminaron el valle, apagándose brevemente. Después, de nuevo se encendieron y otra vez se... era como las lucecitas que adornan el árbol de Navidad, ¿era la contradicción?, ¿un mensaje revelador de máxima relevancia del que él no llegaba a captar el intrínquilis (intención solapada)?, ¿no venía marcado con un asterisco y la explicación al final de página? Lo inmediato era escabullirse de aquel lugar. Las sombras de los cipreses esparcían la agitación. Las sombras pisaban al hombre. Gigantes quebrantahuesos planeaban bajo, asustados por las turbulencias, rozando a una presa aterrorizada que escapó de sus garras por los pelos, adentrándose en el interior de una cueva. Creyó estar a salvo hasta que oyó a su espalda un rugido felino, ¿qué era aquello, un león, un tigre... la autopsia de un espejismo? Prefirió no quedarse para averiguarlo, abandonando al minino que volvía a "maullar". Por todas partes se escuchaban metalizadas, -a través de un quedo altavoz-, voces escogidas de la ultratumba. Maquinal entierro de llantos, lluvia de lamentosos meteoritos. Ráfagas de metralla en el pecho, caída mortal; yace un hombre bocabajo. Andy, solidario, se acerca y le da la vuelta, ¡es su Padre!, ese saco de plomo es su Padre que quiere abrir la boca y lo hace con dificultad, soltando un chorro de sangre que cae por las comisuras de los labios, débilmente los mueve. Pide un último trago. Andy no puede dejar de mirarle, sin oír hélices ni valquirias, ¡es su Padre!, la mano tiente y encuentra la botella de vino, la descorcha y levantándole la cabeza, le da de beber.

-Hijo... lo siento... me avergüenza tener que pedirte, tienes que hacerme un favor, bueno son dos... dime que lo harás...

-¡Oh sí!, claro Padre... pide lo que quieras, prometo cumplirlo... Padre...

Una sincronización en la mirada agónica, intensa, le dio el suficiente entendimiento para saber lo que tenía que hacer.

-Claro, Padre, entiendo, lo haré, no te preocupes...

Con ojos empañados desabrochó los botones del pantalón del moribundo y extrajo un miembro medio erecto. Andy bajó la cabeza hasta él. Poseyó el único resquicio de vida que le quedaba al pobre viejo, un hilo pasional que acariciaba el primer y último contacto en sus vidas.

-Bien, hijo... ahora busca en mi bolsillo, -balbuceó indicando la chaqueta que le cubría. Andy registró deprisa. Encontró tabaco, cristales rotos, un antiguo reloj de bolsillo del Abuelo, -el Contrabandista-, unas cerillas sueltas, una gorra plegada de algodón y... ¡Dios, esto no...!

-Sí, hijo, es lo que te pido. Esto duele mucho ¿sabes?, tengo las vísceras casi fuera y me arden, no resistiré tanto dolor.

Andy sostenía la pistola que había sacado de uno de los bolsillos.

-No puedo hacerlo, no me pidas... ¡te llevaré a un hospital y te curarán! Ya verás, Padre, agarrate a mí, te ayudaré a levantarte, te curarán, sí...

-No hijo, no saldré de aquí. Dame la mano, no mejor aguántala con las dos, es más seguro, te tiemblan demasiado, ¡no seas capullo!, pon el cañón en mi boca. Será un simple trago más, vamos, no me dará cuenta... el tiro de gracia, hijo no me dejes sufrir, voy a morir, lo sé. En el mundo en que estamos no hay centros hospitalarios, de aquí no se sale conscientemente... vamos, aprieta el gatillo... no me niegues el tiro de gracia... hijo, quiero morir con dignidad... merezco tu perdón Dios, aunque me las hayas hecho pasar putas, agggg, no lo pienses más. Deliraba, sus ojos se extraviaron quién sabe en qué momento de su errante deambular por la carretera que no lleva a ninguna parte.

Cinco segundos y sonó un disparo y el nacer de un llanto entrecortado, rabioso, preguntándose qué había hecho. Abrazó a la muerte exclamando, ¿porqué me has obligado, porqué? Con el revolver en la mano emprendió una carrera con el diablo por aquel maldito cementerio, buscando una entrada o una salida que intuía en el mismo itinerario.

Desafiando al aire, disparó, ciego de cólera y resentimiento.

Una voz grave, potente, le llamaba produciéndole escalofríos. La tormenta empezó a caer con tal dureza que levantaba las tumbas que se hallaban en el suelo. En pocos minutos el terreno se volvió pantanoso, tropezando con huesos y flores de plástico. Costaba andar por el barro que le cubría ya los pies. El viento había arreciado, alcanzando los ciento cincuenta kilómetros hora, derribando todo lo que se interponía en su paso creciente. Andy, amparado por unas providenciales rocas veía pasar rodando o volando cruces, árboles arrancados con sus raíces, calaveras desgastadas, polvo que decidió las cenizas de la vida.

En uno de los pocos momentos de lucidez, pensó que no podía perder el rastro de la puerta luminosa. Cuando la divisó, el agua enfangada le llegaba a ras de las rodillas. La traspasó, cruzando mundos o por lo menos esa era la intención pretendida. Allí estaban los luminosos neones de los bares. Andy se sintió abrigado, aliviado por la globalización, lo que más odiaba, las masas caracterizadas con uniforme humano y preciosas máscaras de ridículo amaneramiento. Recordó una imagen de un libro de historia cuando estudiaba el preciosismo de la sociedad francesa en el siglo XVII.

El reloj de cuerda marcaba las nueve menos cuarto, los chiringuitos estaban repletos a esa hora porque televisaban un partido interesante de fútbol de dos equipos de primera división en la liga española.

-¿Me pone una cerveza y un bocadillo de tortilla?

-¿Quinto o mediana....?

-Mejor una jarra de barril..., gracias.

En el espejo del lavabo se miró de la cabeza a los pies. Mojado sin llover. Tenía un aspecto lamentable. La gente no se había percatado porque el balón les mantenía en trance. Atrapados por la pequeña pantalla, gritaban enfervorizados, vitoreaban, insultaban eufóricos a los jugadores, al entrenador, al árbitro, al presidente del club, a la afición rival... ¿aquello era un deporte? La humanidad se sujetaba con muletas. Quizás Andy fuera la desmedida, la antítesis de la paradoja, el veinte por ciento del pensamiento de la población, sí, seguramente se quejaba de todo, refunfuñaba y se había vuelto huraño urbanizador de la

razón, despotricando esto y lo otro, repitiendo siempre las mismas palabras nefastas, inductoras a la depresión. Sí, desde luego se comía el coco cantidad... pero es que no podía entender la mayoría de las cosas que con un poquito de esfuerzo serían problemas solucionados. Pecaba de ingenuo... de inocente. Nunca aprendería...

Entendía el deporte necesario y muy sano, incluso la competitividad podía llegar a ser escalafón o plataforma de la amistad, claro que miraba el lado positivo. Pero lo que antes se denominaba deporte, ahora, llevado al paroxismo, era un hipnótico para dormir las malas conciencias y poder dominar fácilmente a los ciudadanos cada día más cruzados de brazos.

No podía entender el gran movimiento de dinero que se manejaba y lo que es más, la ironía de las pobres gentes que lo generaban; muchos de ellos no tenían para dar de comer a sus hijos. Eran los más entusiastas sin conocer la derrota del fanatismo. Decididamente el Balón-pie era un negocio-político mafioso, uno más de ellos, entrando en todas las casas, asolando en la prensa rosa del corazón, iniciando sucesos violentos, enfermizos, dejados sobre las gradas de los campos... rabia, racismo... y sangre. Mas líbranos del mal, amén.

Cada jugada polémica, cada gol, venía seguido por petardos y cohetes.

Al margen de la historia, Andy se secó y adecentó lo mejor que pudo. Comió, bebió, pagó y marchó lo más discretamente posible entre los jalonados gritos de los hinchas histéricos que habían presenciado un tanto de su equipo.

-¡Joder con la peña!, dejadme pasar, por favor, que voy a salir a la calle.

-¿Qué pasa, es que no te alegras de que hemos marcado? ¿No serás un cabrón del otro...?

-No, no, que va. Me alegro un montón, estoy contento y satisfecho, por eso me voy, porque ya sé que ganamos...

-Oye espera, -olía a litros de cerveza-. Colegas, aquí tenemos a un detractor que se burla de nuestra afición y de nuestros colores.

-Démosle un escarmiento para que no vuelva a venir por aquí, traidor.

Lo agarraron entre no sé cuantos, lo zarandearon, le golpearon y maltrataron, echándolo a patadas a la calle. Todos reían, se había cumplido su ley. El tiempo seguía estando en el mismo lugar. Últimamente el suelo se había convertido en su trono y lo ocupaba asiduamente.

Pese a los moratones, Andy sintió alivio... después de la tormenta llegaba la merecida calma. La vida no le había dado ningún abrazo, así que no tenía demasiado que agradecer. Andy el perdedor, -se decía que los perdedores son los verdaderos artistas de la existencia- resumía su pasado en una lucha de espermatozoides, de la que por desgracia resultó ser el ¿vencedor?, penetrando en la trompa materna, el útero y la estancia en la placenta. Fueron, -se atrevería a decir, los días más felices-. ¿Porqué su Madre no había abortado?, le habría hecho un gran favor.

No conseguía encontrar un sendero que le llevara al equilibrio, a la estabilidad de una vida cerebrada. La ambigua leyenda de múltiples personalidades, ramificaban sus mentes por distintas morales, instintos secretos jamás compartidos por la memoria guiada por la diversidad de almas y corazones. Como vulgar baraja de naipes marcados y repartidos en infiernos que comenzaban a arder. Arrepentimiento, buena conducta. Un tropiezo y otra vez a la celda de castigo. Hoy no había platos sobre la mesa. En la radio música clásica, el último que cierre la puerta...

Una barquita en el Pacífico navega en aguas de seda, sin tripulación.

Qué puede haber más sensato que los elementos unidos en calma.

-Hoy no vas al colegio, hijo, tienes mucha fiebre. Levanta un momento y siéntate aquí, -acercando una silla- mientras te hago la cama.

Acatarrado, se adentraba en la limpia suavidad táctil de sábanas perfumadas de acogedora protección y lazos emotivos de seguridad.

-Te quiero mamita... te quiero mucho... ¿me vas a contar un cuento?

-Mamita también te quiere, pequeño. Más que a nada en el mundo... claro que te voy a contar un cuento.

Sentándose al borde de la cama, le ponía la mano sanadora de una Madre en la frente para controlar la calentura.

La mujer procuraba retener en la memoria las historias que le contaron de niña, que no eran muchas. Eran tiempos difíciles, de pobreza y calamidades. Desde los ocho años se ocupaba de dos hermanos menores y de hacer las labores de casa. Debía ayudar a su madre enferma... su padre... le dijeron que murió en la

guerra, ella obró con cautela y nunca preguntó para averiguar la verdad. Estaba segura que no le agradaría, así que optó por callar y tragarse la curiosidad.

Casi siempre terminaba por inventarse uno, empezaba improvisando y se sorprendía del cauce imaginativo que poseía, ella, una mujer tan voluble, o eso creía por entonces. -Quizás por ahí le venía la vena literaria a Andy.

-Esto pasó hace mucho, muchísimo tiempo. en una tierra virgen donde poblaban los pastos para los animales de la zona. Un hermoso y frondoso bosque flanqueaba un tierno valle en la falda de unas montañas tan altas como los vientos que pintaban los cielos de purpurina, creando efectos mágicos. En este punto el chiquitín ya dormía, mas la Madre seguía hablando acaso para saber como finalizaba "su cuento", o tal vez para acercarse lo ilimitable a una infancia que hasta entonces no había sentido su aguijón. Otras noches, cuando no había cuento, Andy esperaba con los ojos cerrados que el sueño se apoderase de él. Se entretenía en seguir el rastro de la mujer. Pasos que circulaban por las distintas habitaciones, imaginaba los instantes, las situaciones. Madre deslizaba la escoba por el piso. Su mano batía huevos en el plato con un tenedor y vertía el contenido revuelto sobre el aceite hirviendo de la sartén. Encendía y apagaba las luces sombreando las paredes del pasillo. Abría y cerraba los grifos goteantes. Una suave y reconfortante quietud de bienestar y armonía se adueñaba a esas horas de la casa. Aquellos simples y mundanos ruidos estaban encantados por una fina textura, una capa de estrellas causantes de un sueño que llegaba apacible y fantástico, el dulce beso de buenas noches.

De lejos se oía el cucú de algún reloj marcando los cuartos. Incrédulo experimentado, no deseaba tropezar de nuevo en la misma piedra, reincidió en asegurarse de la hora que señalaba su reloj de muñeca, las doce y trece minutos. Bien, volvía a estar donde se suponía que debía estar, entre los restos fecales de los mortales. Se acordó de Andreas y su fiesta. Buscó en el bolsillo el papel de fumar, asomó cuando ya lo daba por perdido, hecho una bola arrugada. Encaminó sus botas hacia la dirección anotada. Llamó varias veces al timbre. Esperó. Aporreó con la mano. Esperó. Pegó la oreja a la puerta y esperó, se oían voces, risas y música de fondo y más cerca unos tacones agigantándose.

Por lo menos no le clavaron un cuchillo en la espalda mientras esperaba que le abrieran... los había con suerte, ¿el que quedaba o el que se iba...? El local era "guapo", espacioso y ahora estaba lleno a rebosar, repleto de jóvenes y no tan jóvenes, bebiendo con vasos de plástico y charlando animosamente. Las carcajadas y el ambiente cargado denotaba que llevaban rato dándose impulso hasta llegar a una adulterada y absurda mismidad que desaparecería tan pronto se disiparan las burbujas y se encontraran de cara al cristal opaco de gran angular, otorgando las imperfecciones grotescas de la pantomima llevada hasta el extremo de doblar campanas de duelo. Entonces llorarían ríos de penitencia. Vomitarían sangre en el carnaval del País de las Mil Maravillas ¿Alicia ya no vive aquí? No tengo ni idea, pregúntale a Alicia.

Andy paseaba con una bebida en la mano, escuchando frases sueltas que si las unías creabas la nada. O para hallar la nada tenías que haberlo probado todo. ¿Todo y nada eran la misma persona? Un grupo de chicos repetían "...tocan bien ¿eh?". Por lo menos las tres veces que pasó por su lado.

... pídemme una cerveza... no veas que tetas... tocan bien ¿eh?... te has fijado en aquel tipo... qué uñas tan largas, cómo consigues no mordértelas... son postizas... el colega se ha vuelto misógamo después de tres matrimonios... tocan bien ¿eh?... tenemos que vernos más a menudo... ¿un refresco?... está buenísimo... joder tío... hostia tía, me has quemado el vestido con la mierda del cigarro... vaya ciego que llevo... tocan bien ¿eh? Palmadas en la espalda, besos en las mejillas. En el lavabo una pareja follando sin el menor pudor.

Primer tiempo de la sonata para Arpa.

Sus amigos "Mentehumana Stres Band" actuaban sobre un improvisado palco de madera y metal. El guitarrista rasgaba las primeras notas del "Ojalá estuvieras aquí" del grupo psicodélico Pink Floyd, canción homenaje con connotaciones de dolor para un ácido Syd Barrett. Líder carismático, creativo y colgado que acabó mal como tantos en los años cincuenta, sesenta y setenta, por citar una época "clave" del siglo XX. Todos los siglos, lógicamente han tenido genios malogrados... pero toca el turno de esta etapa más caliente, próxima y reciente para Andy López.

En los cincuenta, a ritmo de Jazz, los Beatniks rechazaron los valores tradicionalmente instituidos y dejando el estatismo, llevaron una vida nómada.

Un grupo literario sembró el escándalo en la América de postguerra, formando la llamada Generación Beat. Allen Ginsberg, Lawrence Ferlinghetti, Gregory Corso, William Burroughs y en un apartado especial

encabezando la lista, Jack Kerouac, fueron los Padres de la Generación perdida. Compartieron viaje, kilómetros y conocimientos en vagones de trenes o en auto-stop. Hace falta mencionar que la sociedad embadurnada de conservadurismo, les tachó de amorales y a "su música", Jazz, de infernal.

El antiestablecimiento y el proceso de crisis se agudizó con la estúpida guerra de Vietnam. Ellos, los Beatniks, iniciaron un largo camino que aún hoy seguimos recorriendo. Rompieron esquemas y ofrecieron nuevas visiones. Unos murieron por las minas en la batalla, otros minados por el alcohol y el frío, vagabundeando por las calles testimoniales. La decadencia del movimiento no se acabó aquí. A mediados de los sesenta les sucedieron los Hippies. Hip venía a decir: sabio experimento, según la traducción en la jerga del Jazz negro. Aquello fue un intento de cambiar el Mundo. De ideología nihilista y utopista, platicando filosofías de Buda y de Cristo, el primer pacificador Hippie, cultivaron la tierra en comunas huyendo de las grandes ciudades, buscando el primitivismo de lo esencial y puro principio de la Madre Naturaleza, reencontrando las costumbres de los indios americanos. La realeza de las tribus pioneras en esas tierras, hasta que el hombre blanco se las arrebató, haciéndoselas suyas.

En Francia hubo el Mayo del sesenta y ocho con Dani El Rojo al frente de las revueltas estudiantiles. Había nacido la Contracultura, rechazo de la cultura establecida, del capitalismo y búsqueda de diferente modelo de sociedad. Reivindicando la novedad, la imaginación, la percepción, la espontaneidad, en contra de la tradición, estructura, organización, racionalidad, productivismo...

En España con la muerte del dictador Francisco Franco, termina una larga fase de tercermundismo y de analfabetismo. Es el fin de la opresión fascista y el comienzo de una brindada por la mayoría, transición hacia la democracia. Llega con atraso, pero llega lo que hasta entonces había estado vetado. Se conocen las nuevas músicas, la literatura, el cine sin censuras. Con años de diferencia a otros países, se vive la época del pelo largo, la minifalda, la píldora, Ibiza y Formentera, paz y libertad, la igualdad de los sexos, el amor libre... ¡haz el amor y no la guerra!. Sexo, droga y Rock & Roll. Hermandad y buen rollo, manifestaciones en el ámbito de la enseñanza. Naturaleza y festivales multitudinarios al aire libre que duran días. El Jazz se ve ya con buenos ojos, incluso se baila en los salones comerciales. El Rock es ahora el elemento subversivo, "el ruido infernal" de los jóvenes contestatarios. Se experimenta con las fusiones, creando mestizajes con el Blues, Country, Soul, Espirituales, Folk, Hard, Reggae, salsa, son, ritmos africanos, hindúes... sinfónicos, etcétera.

Varios años se tomaron de una sola dosis, se quiso vivir demasiado aprisa, sin conocer las contraindicaciones. Faltaba información, nadie les había dado el prospecto, nadie conocía la posología ni la composición, las precauciones y mucho menos las interacciones y efectos secundarios. Así las drogas duras empezaron a causar estragos, como dependencias, intoxicaciones y síntomas de sobredosisación.

Fantástico mientras duró, pero las flores acabaron marchitándose.

El mismo consumismo por el que quemaron banderas, al final engulló la Rebelión siendo objeto material en el mercado industrial de las Multinacionales.

Andy López era uno de los que sobrevivieron a la "Generación Perdida". Casi todos los amigos yacían bajo frías losas o caminaban sin reflejos, babeando por los pasillos de psiquiátricos estereotipados.

Ciertamente, reconocía su suerte, aunque solía dudar de ella.

"Mentehumana Stres Band" dieron un recital de canciones de culto para a continuación dar paso a los frutos de su propia cosecha, lo hacían francamente bien. Auténticos profesionales no consagrados por los medios del Marketing.

Cristian "El Púas", tocaba la guitarra desde los siete años, lo suyo era vocacional. Llevaba púas por los bolsillos, de todos los colores y formas. En casa tenía una amplia y extensa colección... de ahí el mote.

-Qué pasa, me dan suerte chico. Es mi "Karma".

Tenía también obsesión por lo esotérico y místico, creía en el periespíritu, todo ello proveniente de alguna rebelión muerta.

Las luces mortecinas del local iban conectadas al amplificador, al compás del voltaje de animosidad de la pieza interpretada.

Conocía a todos los miembros de la banda. Vivían haciendo bolos por los locales más cañeros de Barcelona y provincias, San Sebastián, Zaragoza, Madrid... Con frecuencia las pequeñas giras resultaban un viaje constante... pero disfrutaban con ello y habían logrado algo muy importante en la vida: hacer lo que les daba la gana.

Alí "El Negro" era afroamericano, del estado de Mississippi. Su perfil recordaba a Martín Luther King y se jactaba de haberle estrechado la mano en el sesenta y ocho, antes de que le asesinaran.

-Yo había ido a Montgomery, Alabama, a casa de un pariente. Y allí, pasábamos por un parque lleno de gente. Aquello no solía estar tan concurrido así que pregunté a un hermano y me dice todo iluminado: Muchacho, ¡está hablando nuestro pastor! Escucha sus palabras porque son sabias y defienden los derechos de los hermanos negros.

-¡Joder, cuando le vi! Me quedé blanco, hermano, platicaba con una fuerza que se te metía aquí, en el corazón. Al bajar del palco, me acerqué a saludarle, le dije: Hermano, soy Alí El Negro, me ha gustado mucho tu discurso, te deseo larga vida. Jo, un mes más tarde le mataron, ¡qué hijoputas!

Alí tenía cincuenta y nueve años. Tocaba el saxo, la trompeta y la armónica de boca con facilidad, sentimiento y maestría. Sí señor, todo un profesional del Arte y sensibilización musical.

Mustafá "El Legal", había ejercido la abogacía. Tras comprobarse su valía, lo retiraron del cargo por malversación, abuso de poder y violación a una letrada lesbiana y a su amante, testigo de cargo. En el juicio le cayeron diez años y dos días por premeditación y alevosía. Pero su colega abogado con una actuación acrobática, consiguió rebajar la pena a tres años por estar el acusado en tratamiento con metadona, para reinsertarse a la sociedad y presentar elipsis mentales, lagunas y otras psicosis provenientes de cascos de bala en su guerra interna.

-En el "Meco" no te enseñan nada bueno. Hay más drogas que afuera. Te petan el culo al llegar y te siguen dando por ahí hasta que sales, si lo logras... Verás, si entra un hombre inocente y te lo digo yo, amigo, escucha, si viene a dar con sus huesos al "talego" un tipo que no ha hecho nada malo y convive días y noches durante largos años, con delincuentes habituales, asesinos, rateros, mafiosos, yonkis... no logrará mantenerse al margen, es imposible arrinconarse, ajeno a lo que sucede por mucho tiempo, porque hasta la escoria necesita amigos y con el roce, aprenderá de ellos, sí, hombre. Uno es lo que es su entorno y alrededor sólo existen barrotos y filos cortantes... es peligroso, eso te perseguirá siempre. La mayoría cuando salen, se sienten inadaptados y eso les hará delinquir para volver a "casa" con la familia.

Mustafá salió con un huésped en el cuerpo: el virus del Sida.

Al principio daba tumbos sin encontrar dirección alguna, con la rabia de la impotencia royéndole por dentro. Continuamente iba "taja"; asiduamente se encontraba en el centro de trifurcas y reyertas callejeras.

Se hallaba desahuciado, acabado, hartado de todo... dispuesto a la tragedia, cuando coincidió con Andreas...

El bueno de Andreas le persuadió y sedujo con la idea de integrarse al conjunto, dados sus conocimientos de percusión. Mustafá "El Legal", sin dañar a nadie, había encontrado su desahogo al frente de la batería. La pasma dejó de importunarle y controlarle constantemente y le saludaban con simpatía. He ahí el caso de un hombre redimido, que supo contener su belicoso destino.

Gloria Benítez era colombiana. Vino a España a terminar las clases de canto y de piano en el Conservatorio. Se pagaba el alquiler colaborando en talleres de músicos y en orquestas. Obtuvo el permiso de residencia y ya no regresó a su país, atrapada por el clima mediterráneo. Tenía una voz milimétricamente privilegiada. -¿Tú viste, papi, tú sabes qué cosa?

Al bajo le daba Andreas, acompañando en los coros.

-Gracias... esta canción lleva por título: Agujas y Galletas de Coco... y está dedicada a aquellos amigos que recorrieron trayecto en los vagones de un mismo tren y por diversas casualidades fueron apeándose en distintas estaciones... Allí, donde quiera que estéis, no os olvidamos...

Gloria y su voz irrumpió triste, melancólica, percibiendo un imaginario y gris sendero en la orilla exacta, donde dibuja el horizonte una línea dimensional de profundo poder de reflexión...

- "Me penetraron tus ojos trigueños, pequeña noche nómada que no has existido. Acompañado de Soledad, la lluvia baila mi Norte, marea el abrupto interior. Así es mejor. Baila mi Sur hasta caer en tierra, curvas de arena oscilando... allá, péndulo de estrellas brillando, astillando la oscuridad. Carne de pescado, pensamiento salado. Me perderé en este Mundo blando, me encontraré encima de un Mundo duro, difícil. Cómplice y maduro. Lo sé de buena tinta. Ilusión se fue a la esquina... agujas y galletas de coco. Ebrio de humanidad, lárgate humillación. Baila mi Norte, baila mi Sur, hasta caer en tierra herida... tierra de todos". La sala se llenó de merecidos aplausos. Andreas se adelantó para anunciar la próxima canción tras dar las gracias repetidas veces.

-Ahora, una de nuestras favoritas y de las primeras que compusimos. El autor de la letra está aquí esta noche entre nosotros... Andy López... Venga una de manos. La canción se llama "El loco del Sueño" y os

puedo decir que no es biográfica. Subió Andy al estrado, saludó efusivo a sus viejos compañeros, mientras le halagaban y hablaban de adolescencias, escogió unos bongos afrocubanos de los tres que estaban en el escenario.

-No os he dicho que al principio de la formación del grupo, Andy era "El manitas" con los bongos y las congas... luego se dedicó a escribir, un poco de promoción nunca va mal, ¿verdad?, encontraréis su libro en los quioscos y tiendas del ramo. ¿Eh, qué?, ¡ah!, que cómo se llama, claro que idiota, si no lo he mencionado. La novela que ha escrito Andy se titula: "Entre piedras y arena, hojas y mariposas". Os la recomiendo. Bueno, vamos a tocar la canción de Andy, él nos acompañará con la parte de percusión añadida, ¿vale? Venga.

Cada nota sonaba a deseos no acontecidos, a noches de charla entrañable, a la risa de un niño, a su primer paso, el primer beso... primer amor. El adiós de la lluvia cruzada por la flecha que lanza el arco... iris. Iluminaciones ilustradas que despiertan alucinaciones de imposibles.

Andy dejó de golpear la piel al descubrir entre la masa a una joven que le miraba de manera diabólica y espasmódica, como si en un trance se hallara. La chica era Marta Rubens y se ajustaba la chaqueta, ¿se marchaba? Sí, se iba. Abrió la puerta, le miró con ojos desorbitados destellando indignación y salió dejando la puerta entornada a modo de reclamo, o eso creyó él. Tenía que alcanzarla.

-Bueno, amigos, esto pasó hace muchos lustros, ya me siento la espalda contraída, je, je, -rió. La falta de costumbre. De todas formas he disfrutado. Gracias por recordar una época importante. Seguid gozando de esta maravillosa y solemne velada... Enhorabuena a "Mentehumana Stres Band" porque son buena gente y magníficos músicos como lo están demostrando aquí, hoy, en directo. Y ahora lo siento pero debo irme... gracias, hasta pronto. Pasó corriendo entre el gentío, ya sin darle importancia a las frases cortadas que no eran más que humo desvanecido que sólo contamina la mímica dicción de labios triviales, ejes de dos orejas puntiagudas... tan blando por fuera, que se diría todo de algodón.

Avanzó a grandes zancadas por las empujadas y estiradas callejuelas. Sus ropas estaban empapadas, resoplaba y tiritaba de frío como si hubiera buceado bajo un líquido glacial.

Las saetillas apuntaban hacia las tres de la madrugada. La circular maquinaria conducía, movía y agredía el tiempo, a merced del invento humano, transgresor artilugio de orates poseídos por la ambiciosa avaricia competitiva de atravesar la medida del sueño de la muerte. Sin querer comprender que la sabia naturaleza ya se había encargado de ello.

Las ranas croaban, saltarinas y las luciérnagas brillaban con su particular verdosa fluorescencia, deseosas de emparejarse. Tronó una detonación terrorífica, agujereando el silencio físico de la materia orgánica. Dedos temblorosos mantenían apretado el gatillo de una pistola de cañón humeante... ¿nunca te ha pasado que parece revivir una escena...? Entre olores, el que predominaba era el de la pólvora quemada. El casquillo de la bala tatuada en su pecho, tirado en el suelo, sollozos y enlace de sangre... ...de su misma sangre. Luces rojas, azules, giraban, se acercaban. Las sirenas le ensordecían. Ambulancias, policía... la urgencia llegaba con alarma de escándalo y el momento se había deteriorado. Andy, nervioso, sin reflexionar, huyó asustado, tambaleándose, sin dirección. Pensó en ir a casa, no, ¿volvía a la fiesta?... Les pondría en un compromiso. Pronto se sintió acosado por los ladridos de los perros adiestrados que los agentes utilizaban para seguir su pista. Harto y destrozado, paró en seco su carrera, se apoyó en una pared recuperando el aliento y decidió esperar. Ni siquiera sabía de qué escapaba, él sólo había... ¡matado a su padre!, ¡Dios, maldita cruz! Tomó la resolución de entregarse, debía penar por un acto tan monstruoso, que además le traía recuerdos de algún otro pasado... Súbitamente, una mano le agarró de la cazadora y le atrajo sin preguntar, al interior de un portal. Una jovencita oriental de preciosos ojos rasgados, cabello largo, liso y negro, de cuerpo celestial, le miraba en la penumbra. ¿Sería un ángel?, puesto que él creía estar en una nube deleitándose del penetrante rocío perfumado de una ninfa asiática.

-¿Quién eres, dónde vamos?...

-No preguntes y sígueme, -le respondió con dulce voz de acento de la tierra del sol naciente. Subieron los ruinosos escalones de aquella casa en aparente estado de abandono.

Andy, detrás, admiraba las redondeces corpóreas de su ángel custodio, cuyo vestido sedoso se ceñía a unas carnes creadas para ser acariciadas con pasión e ímpetu desenfrenado en una isla desierta y sin dueño. La muchacha, muñequita de movimientos gráciles, sentía el ardor del macho y la fijación de éste hacia sus nalgas y muslos. La feminidad adolescente, el ansia de agrandar y una pizca de provocación "lolitista", la hicieron que exagerara aún más sus andares, poniendo especial atención en curvar las caderas con

significativo énfasis de animal en celo, disfrutando del prelude de un acontecimiento cuyas riendas sostenía posesiva. Sólo ella con un sencillo chasquido podía decidir sobre el inmediato futuro: ¿Apararía el fuego de su compañero de escalada?, se giró para ver la cara de Andy y leyó en el bulto del pantalón. El curioso estudiante, investigador de anatomía, suspiraba por cada centímetro de la hembra.

La chica le preguntó, -imitando a una actriz de los años treinta, creo que fue Mae West quien lo dijo, sí, creo que fue ella:

-¿Llevas un arma en el bolsillo o es que te alegras de verme?

Las dos cosas eran ciertas. Guardaba la pistola de su padre en el bolsillo y por otro lado ejercía una erección que no podía disimular. Se sonrojó avergonzado, aparte que le doblaba la edad, no era una buena instantánea para pensar en porquerías en su situación, allí en la plena desnudez de la escalera y sin haber sido presentados como Dios manda. Insinuación, previamente le otorga el morbosos saludo de Lascivia... Ahora sí.

Janina, que es como se llamaba la mujer-niña, se dio la vuelta por completo, con una mano ardiente atrajo la boca de él hasta sus labios, besándolos, mordéndolos, y con la otra inició la bajada de la cremallera del desconcertado, turbado, perplejo y agradecido voluntario, sacrificado deliberadamente, sin oponer resistencia a la ignominia de los intolerantes, inconformes, impacientes y desasosegados vecinos simétricos, con ojos en las mirillas de las puertas. Vigilantes escandalizados y sin embargo reducidos a la nada del silencio encubridor, cómplices de una masturbación o de una impotencia, acrecentada por la envidia y la obnubilación del ser con oblicua inclinación a la extrema vaciedad imperfecta. La verdad es lo hecho, "verum ipsum factum".

Andy, teorizaba el "manual" del empirismo, ya del todo entregado a su ama y señora doña lujuria. Exprimía la retorcida inquieta lengua de Janina, palpando los pechos golosos, abrazando las caderas precisas, amoldadas a una línea fina, tersa de la todavía niña, convertida tempranamente en el objeto de deseo de la madurez. Andy lamía la mies de su cintura suave, de fresca calentura, sosteniendo con manos omnipresentes las macizas nalgas, molas de protuberante elevación de un culito respingón. Cambiando de sentidos, le decía al oído sonidos guturales ininteligibles de gozo y placer que formaban parte de los juegos amorosos preliminares. Janina sonriendo, le apartó cariñosamente y excitada susurró:

-Andy, tenemos que dejarlo, anda vístete... nos hemos dejado llevar por un impulso, este no es el lugar adecuado, ni el momento y nos están esperando. Extrañado él y con dolor de ovarios ellos, a punto de estallar se agachó y apretó las carnes, estrechándolas en su cara para sentir las al máximo, chupó los muslos, toqueteando, chequeando cada milímetro de piel mientras meneaba el pene con fuertes sacudidas... bueno, tú ya sabes cómo...

-¡Eh, chico malo!, ¿quieres terminar, eh?, bien, me gustan los finales felices... a ver, ponte de pie... así, ajá... relajate y abre las piernas. Yo me arrodillo en cuclillas y te voy a mordisquear la puntita con mis dientes, -dicho y hecho-, ¿te gusta, a que sí?, claro, esta es una de mis especialidades, la llamo "el ratoncito"... así cariño, sigue tocándome las tetas... así, así... vamos, córrete dentro de mi boca, échame toda tu leche... así, cómo me gusta..., me encanta, aaah, mmmmmm, ooooooh, qué buena, me la trago, mmmm, buuufff. Me has dejado extasiada, mojada, ja, ja, tú también has disfrutado ¿eh?, qué bueno... A Andy le flaqueaban las extremidades. Asentía a todos los comentarios que hacía la chica asiática. Había jugado el rol de esclavo sometido, ahora sin duda, tendría que pagar algún tributo.

-Oye, por cierto Janina, ¿quién nos espera allá arriba...? No me has dicho nada y yo te estoy siguiendo así por el "morro"...

-Es que no lo sé, querido.

-¿Qué...? Dices que nos están esperando, pero no sabes quién...

-Sí, no lo sé, de veras, créeme.

-¡Ah! y quieres que te crea, ¿pretendes hacerme creer que no sabes nada?, que pasabas por aquí y pensaste: voy a ver si este incauto me soba y nos lo montamos en la escalera. Qué te has creído que soy gilipollas, o qué. Es del todo absurdo y yo, yo ya no soy yo -estalló un Andy encolerizado, empezando a perder la paciencia.

-Mira, chica, yo soy un tipo mediocre. Uno de tantos que te cruzas siempre por el mismo barrio, siempre a las mismas horas, en las mismas calles. Aquel que frecuenta los mismos bares y se sienta enfrente del mismo vaso. El que siempre te encuentras en la misma parada de autobús, en el asiento del mismo vagón de metro. El que salvo raras excepciones, siempre camina en solitario, apartado de los demás, con la

mirada abstraída en sus mismos pensamientos, siempre en la mirada del que levanta la vista. Soy un auténtico autista, de planteamientos sencillos. Odio cualquier cambio, las alteraciones me ponen de los nervios ¿sabes?, sí, ya pueden ser buenas o malas, les temo, por eso si puedo evitarlo, -no siempre es fácil perteneciendo muy a mi pesar, a esta sociedad-secta de chalados del culo, que no se enteran de la película la mitad-, pero eso sí, luego el colgado soy yo, claro, y todo porque no valoro la puta superficialidad en que viven anclados si es sinónimo de miseria; lo que ellos creen importante no es más que un saco de basura diseñada al antojo de los pijos del marketing y sus superventas. Por ello si puedo evitarlo, nunca viajo demasiado lejos. Me he construido una fortificación en la que nadie pueda penetrar y yo intento sentirme cómodo y sin brusquedades anímicas, ¿entiendes, no? Yo ya viajé lo mío en otro tiempo, sí amiga, tenías que haberme conocido entonces. Aquello era diferente, la vieja escuela, la época dorada. Las gentes trataban de renacer, de conocerse, de preocuparse unos de otros, aquello era "guapo", conocía a todo dios viviente, recorrí parte de Europa y Asia y algo de África, tenía colegas en infinidad de ciudades, ¿te imaginas cómo era?, joder, conviví en diferentes culturas y pueblos de etnias generosas, aferrados a tierras arrasadas por las pobrezaas, siempre del mismo rico y jodido terrateniente.

Bueno, -arqueó los ojos, completamente en blanco-, dejemos la cháchara. Desde hace apenas unos días me están ocurriendo un glosario encadenado de situaciones que no comprendo y me están convirtiendo en una persona violenta, me desconozco y si no me aclaras este tema, -emergió una voz enérgica con un tono de enervante psicopatía-, estoy dispuesto a recurrir a esta locura que me tiene ciego de rabia, -sacó el revolver del bolsillo-. Ahora te repito la misma pregunta: quién o qué nos espera ahí arriba y tú qué tienes que ver en esto, ¿me habéis tendido una trampa?, ¡habla!, ¿qué me estáis ocultando? Dime algo, porque ya se me han cruzado los cables y no deseo hacerte daño, juro que sólo quiero oír esa preciosa voz contándome la historia que está ocurriendo y que ya no debo permanecer más al margen de este cruel y desesperante desconocimiento total... pido cooperación.

Janina, con la boca del pequeño, pero mortífero cañón, apuntándole en la sien, decidió hablar.

-Aunque quisiera satisfacerte, en serio te lo digo, no podré serte de mucha ayuda en desentrañar el problema que dices tener. En lo que respecta a mí, es bien sencillo: un hombre me llamó a casa, ofreciéndome un dineral para estar aquí y subir contigo, pero te juro yo también, que no le conozco personalmente. Me pareció extraño, pero la plata me decidió a aceptar un trato que resultaba fácil, o eso me creí entonces.

-¿Y te dijo que me regalaras tus favores?

-¡Eh, alto ahí!, por eso ya no paso, yo tengo decisión propia. No niego que me sentí atraída, ¿eso es castigable?, me di perfecta cuenta de cómo me desnudabas con los ojos... lo otro vino rodado por sí solo, yo no busqué nada, ¿es que te arrepientes?, no lo entiendo chico, vas quemado, te doy un poco de cuartel... ¿y te quejas?, jo, qué tío más rarito. Hemos pasado un buen rato ¿no?, pues ya está, ¿así me lo pagas?, no he cometido ningún atropello ni acto vandálico, ni censurable para merecer este trato, además te ayudé a que la "bofia" no te pillara, ¿lo olvidaste?

-Desde luego es verdad, sí, tengo que agradecértelo, lo siento, la he jodido, perdona hostia, pido disculpas... pareces una tía legal y yo estoy hecho una mierda y ya no razono... si te explicara... Estos últimos días han sido infernales, no sé, creo que me he puesto enfermo, no comprendo lo que pasa a mi alrededor... todo va demasiado rápido... no lo asimilo, no, -bajó la pistola y cerró los ojos en un suspiro de cabreo.

La pareja, llevados por la necesidad de extraer a la superficie sus más profundas sensibilidades, se fundieron en el abrazo del miedo y las lágrimas copularon discretamente.

Acabaron de subir los peldaños que les separaban del quinto piso y quién sabe si de las respuestas que tanto esperaba Andy López.

-Es aquí... quinto primera, sí, lo tengo anotado, -rebuscó en el bolso y sustrajo una libretita, se aseguró -sí, es aquí ¿qué hacemos, llamamos?

-Claro que debo llamar, pero tú ya has hecho bastante, mejor vete...

-¡Qué dices!, yo entro contigo... estoy intrigada ante esta incógnita. Además me tienen que pagar lo acordado.

-¡Ah, claro!. Es por el puto dinero...

-Bueno, lo necesito pero sospecho que también a ti. No eres un capricho para mí, no sé qué sientes tú, me gustaría que me lo contaras luego, cuando salgamos. Es la primera vez que me declaro a un hombre, no me lo pongas difícil, te invito a una cena romántica... con velas y tal, ¿vale?

Accionó el timbre en señal de respuesta.

Una nueva puerta dio lugar a una nueva rareza, a una sorprendente, extraordinaria e incomprensible figura que le cogió desprevenido y sintiendo una náusea visceral, vomitó en sus adentros.

-Hola, pase por favor... le estábamos esperando.

¿Qué diantre hacía aquí el Sargento Martínez vestido de mayordomo?

-Sígame señor, sin temor, -entró precediendo el paso en una sala de pequeñas dimensiones, le hizo sentar y conectó un televisor en color de catorce pulgadas, -aquí tiene unas revistas si prefiere leer, póngase cómodo que en unos instantes le atenderán, gracias, -se evaporó sin más dilación.

-¡Eeeh!, espere..., -ciertamente había desaparecido.

Pase, sígame... ¿singulares?, se encontraba solo, ¿y Janina?, no la veía, pero había estado allí, existía... todavía notaba la sal en su mejilla, el escozor en el corazón... y en el glande, una irritación.

Estaba siendo objeto de burla. Era el conejo de indias de algún mago desaprensivo que le hacía desaparecer a su antojo, o le sacaba del sombrero, convertido en paloma. Era un número de magia, una carta en la bocamanga, un pañuelo anudado a otros de muchos colores. Una varita y unos polvos le transformaban en transitivo, transmutado en análisis simbólico de un experimento psíquico a metafísico por una supuesta y secreta alquimia aleatoria. O eso o es que la vida es sueño, como diría Calderón, ¿lo era?, ¿en qué lado de la calle vivió Schopenhauer? Seguro que en el más salvaje. O tal vez, Andy, fuera un diente roedor en constante evolución o un embrión perenne, metamorfoseado por una mente desdoblada. Un eyaculador de vidas superpuestas, difundidas atrocemente en el obsolecente e inanimado cadalso, de sogas ridiculizada por la inocencia de un innecesario diluvio caleidoscópico de alusiones suicidas. Resumiendo ¿se había vuelto majara, o le subían los tripis de los setenta? ¡ni hablar!, ni pensamientos de ello ¡nada!, que no se iba a dejar vencer tan fácilmente, con cada dificultad se haría más fuerte. Todo se regía por una lógica que algo despistaba su búsqueda, confundiendo el dietario de un Misonista por la agenda de un disoluto acróstico, cuyo maleficio, llevaba gravado sus iniciales.

Un Cuarteto chino para cuerda y un Vals lento para orquesta, de Hauer. En el minúsculo televisor pasaban imágenes de las guerras que inquietaban al Mundo. Escenas hirientes de estremecimiento y compasión. Niños y niñas haraposos, famélicos, esnifando cola, prostituyéndose en Brasil. Negritos mutilados, cubiertos de moscas y hambruna del Este, Asia, África... minas de tierra, bombas biológicas..., despiadado... Cómo se iban a arreglar las cosas, si hasta la pobreza constituía un negocio. Andy, desconsolado cambió de canal; en otro daban "Sansón y Dalila", María Calas cantaba "Mi corazón se abre a tu voz". En otro los "Simpson" divertían con sus locuaces e inteligentes diálogos irónicos, intento de despertar la moral social conservadora, sumida en un letargo sin aparente final. Topos, dormilones y marmotas acaudaladas con recursos para varias reencarnaciones, con refugios antinucleares y reservas de provisiones para cualquier posible imprevisto de emergencia general. Pongamos que hablo de Madrid.

Pero Andy también conocía buena gente que se preocupaba por los marginados, los sin techo, los niños, las mujeres maltratadas y sabía de organizaciones no gubernamentales o gubernativas, de Médicos sin fronteras, de misioneros y protectores de animales, de conservación de la naturaleza y muchos jóvenes voluntarios, solidarios de causas benefactoras para el planeta. Jóvenes militantes, conscientes de la falta de unión del pueblo caníbal y de la contranatura por parte de las naciones gigantes y Estados manipuladores que se atrevían a llamarse Unidos, -jerga intelectualoide de sesos contorneándose, desnudos por los jardincillos atrancados por ficticias verjas, de cicatrices y pesadillas de perro atado a su propio hueso. Rejas en ventanas asegurando un confortable sillón junto al televisor y un "Reality Show yankee smiling superficial". Orgullosas tradiciones se trituraban por manos vagabundas. Himnos bien machacados hasta convertirse en un líquido blanco. A continuación se almacenaba en moldes y una vez secos formaban una gruesa masa que se reciclaba repetidamente, en impensantes sesos miméticos de cartón piedra que ahora se contorneaban, vestidos con pudor, por extraños dirigentes alienígenas sectarios promotores de anuncios publicitarios. Una hora menos en Canarias.

Así es, Andy tenía trato con sujetos concienciados, comprometidos a fines admirables que cuidaban bosques y selvas amenazadas, que luchaban y se manifestaban contra los mares y ríos contaminados por vertidos de indiferente progreso industrial y capas de burocracia, estratos financieros, ostentosos intereses y cotizados bursátiles compulsivos. Estas personas sensibilizadas, leían los labios al futuro, traduciendo fielmente los derroteros de la historia, protestando y desafiando a los "malos", exigiendo los derechos humanos de un código inextinguible, esperando una desesperada muestra de reacción tardía que

demostraría el sano juicio de las mafias. Pero éstas, sin dejarse ver, no daban opción y todo quedaba en tiempos de ley seca, espejismo y luz de gas.

-Menos armamento, queremos alimento, -gritaban los del Frente Revolucionario Antifascista y Patriótico, unidos a los Anarcosindicalistas y a los camaradas Bolcheviques, seguidores trotskistas, marxistas-leninistas. O eso creía Andy López, no muy docto en política.

-Con el gobierno fascista, los ricos enriquecen y los pobres empobrecen.

Esgrimían pancartas, palos, piedras y puños de hierro levantados.

La noche en el monte pelado, para piano, de Musorgskij.

-Putá, putá, tu madre es una puta...

Los niños blandían esa palabra, inocentemente, sin conocer su significado. Era una de tantas palabras "prohibidas" que sólo podían decir los mayores. El sólo hecho de pronunciarla les podía costar una colleja, la frase de "niño, eso no se dice" y en el peor de los casos un castigo ejemplar. Andy tenía ocho años la primera vez que la escuchó, tampoco sabía muy bien qué quería expresar, aunque claro está se auguraba un insulto...

Iba al horno a comprar pan y las orugas subían en hilera, con un fuerte olor a cebada, por las paredes amarillas de la fábrica de cerveza. Desde entonces la cebada siempre iría unida a las orugas, a aquellas mañanas que bajaba a por el pan y asociado a la fábrica de cerveza y viceversa. Muchas veces bebiendo uno de aquellos botellines le venían las imágenes del crujir de pan tierno y las calles de poco tránsito, por esos días que circulaban despacio los tranvías, las bicicletas y ciclomotores con sidecar.

En la Avenida Cosmopolitana habían carpas de feria. Andy se quedó pasmado allí de pie, viendo una representación surrealista, -escuchó que murmuraban a su alrededor. También dijeron que estaba prohibida, él no tenía ni idea de qué quería decir surrealista y le llamó la atención lo de prohibida: ¿conocería por fin lo que era una puta?

Los actores comunicaban con gestos y ademanes corporales su visión alucinada de la obra "Un perro andaluz" de Buñuel, con guión de Dalí. Un poema de imposible traducción y comprensión que al pequeño Andy impactó.

Con una cuchilla de afeitar, el mimo cortaba el globo ocular gelatinoso de una muñeca tamaño natural. En una de sus blancas manos tenía pintado un ojo que lloraba hormigas. En el fondo del teatrillo, entre bambalinas, dormían burros sobre pianos y estirando los pliegues de una sábana en forma de pantalla cinematográfica, proyectaban sombras chinescas. De súbito, un silbido en clave, anunció que llegaba la policía. Rápidamente el decorado del escenario se transformó en un infantil palco donde unos títeres discrepaban simpáticamente dándose porrazos en la cabeza. El público entregado, reía las pantomimas de burla dedicadas a las autoridades y no a los vapuleos de los monigotes, como entendían los guardia civiles que reían también. Así, todos disfrutaban de las mismas risas.

Un hombre hacía fotos desde una caja de fuelle, que era la cámara oscura apoyada en un trípode y enfrente un caballo de cartón, cansado de posar con traviosos niños que subían a sus lomos y altivos, serios y rectos adultos que desconfiaban del objetivo que todo lo veía. ¿Sería verdad que robaba el alma? Atentos, miren el pajarito... clic.

Una familia de gitanillos, acompañados por un organillo y un acordeón, cantaban y bailaban raíces flamencas. Una cabra subida a un taburete, posaba altanera, soñando en picos rocosos. Un chimpancé vestido con chaleco, frac y sombrero de copa, aguantaba un aro por cuyo interior saltaba una perrita caniche de blanco pelaje. El mono, al término de la función, pasaba un gorro sin color, de lo viejo y las lluvias caídas. ¡Oye!, pues el monito con la gracia y el gorrito, recaudando aplausos recogía su dinerito.

Aquella mañana soleada de finales de marzo, la avenida lucía de gala, alborotada de colores vivos, manzanas con gusanos de caramelo, farolillos verbeneros de papel celofán, nubes de algodón de azúcar. Llamativas sombras cubiertas de confeti y tristezas rociadas por un pacto silencioso que gritaban la necesidad del festejo, predicando diversión y alegría, jolgorio entre la concurrencia y el tumulto. "Todo va de la mejor manera en el peor de los mundos posibles", Baudelaire. La música y las danzas tradicionales giraban decoradas al son de las palmadas de peluche, ganados en el tiro con unas escopetas que nunca apuntaban recto y tras descubrir el truco del desequilibrio, ya podían caer palillos y puros hasta lograr el regalo, bagatela insignificante, pero ofrecido como tributo entre comicidad y sencillez. Con el orgullo de llevar el acuse de recibo del trofeo mayor de un safari africano. Hijos dignos, portadores de la envidia de

los demás. El circo de variedades llegaba cada año a Cosmopolitano por las mismas fechas y permanecía alrededor de una semana de continuo carrusel.

Sammy, el hijo del trapecista y de la mujer más fea del mundo, le decía a su amigo Andy, una bucólica tarde de despedida:

-Andy, eres un buen amigo, payo... pero amigo.

-Mira el calé este, -sonrió-, que más da el color de nuestras pieles, que más da la diferencia de culturas y de hábitos, si los elementos de la Naturaleza son igual para ambos. Nuestros sentidos más primitivos son los mismos... y podemos intercambiar conocimientos que tendría que ser motivo de unión y no de desacuerdo y discriminación... merecemos el mismo trato...

-Cierto, aunque quizá cambiemos cuando crezcamos, los adultos se mueven más por intereses... Bueno... ya está todo el campamento recogido, nos veremos el año próximo. Recuerda lo que te conté ayer y cuídate, que estás muy flaco.

-Es demasiado hermoso, ¿cómo podría olvidarlo? Cuando los cielos estén rojos bueno... sonrosados, da igual si es la Aurora o el Alba que le precede, el Ocaso, un sueño, un efecto óptico, una superposición de colores creados por temporales de luz; cuando el cielo se encienda y enrojezca, ya sea por celos o por vergüenza, yo veré acercándose entre las nubes, una caravana que llega para hacer reír a seres desgraciados y olvidados de la mano de Dios. Será el cielo de los gitanos y pensaré en ti, amigo calé.

Se dieron las manos, pero les supo a poco y abrazaron sus cuerpos sintiendo la fuerza de la amistad en medio del clamor del desalojo, del lánguido desierto desocupado de llenos. Las carpas habían sido arrancadas de cuajo, la Avenida se quedaba yerma y sin espectáculo.

Las familias guardaban las penas dentro de los carrmatos. Todo listo, empezaron a desfilar camino del Sur. Eran nómadas buscando el calor del clima y del alma anónima.

Andy, a punto de cumplir los nueve años, saludaba con escondida tristeza, agitando la mano a sus amigos exhibicionistas. A Sammy y a sus padres, a los del mono, la cabra y la perrita caniche, a los del ti vivo, a los de los autos de choque, al escapista y al mago, al domador de pulgas y leones, a las bailarinas, al fotógrafo ladrón de almas y a una larga y profunda estela que se perdía en el camino, entonces de arena, desapareciendo con el polvo que las grandes ruedas de madera levantaban, como despidiéndose en agradecimiento con un último juego de mágica ilusión. Tan sólo quedaba esa sensación de nada después de todo. Restos de recuerdos en las papeleras abarrotadas de residuos de mordidas manzanas de caramelo, de nubes de algodón de azúcar, de farolillos descolgados, de billetes de la tómbola, papeletas que por un lado marcaba un número y por el otro, escrito a mano: Una peseta en la rifa de... y puntos suspensivos.

Andy inició el regreso a casa con el corazón bombeando, dejando atrás un fuerte olor a cebada. Le hubiera gustado trabajar en el circo y secar lágrimas con el estribo de una canción desentonada. Hacer feliz a las gentes y ver mundo, entrar por las puertas abiertas de par en par, antes de que se cerraran y se volvieran blindadas, quería conocer todo tipo de experiencias. Iba pensando mientras mordía un trozo de pan caliente y le llegaban las voces histéricas de aquellos niños del barrio.

-Es una puta, es una puta...

Incontenibles, sus gritos se habían convertido en un juego maliciosamente ingenuo. Andy escapó, asustado de aquel pernicioso ritual, cubriéndose los oídos con la chaqueta, simulando tener frío.

Dos días después, paseando de la mano de su tía parisina, Françoise, vio a su madre saliendo de un bar y entrar en un portal acompañada por un hombre. Aprovechando la confiada mirada de su tía puesta en el precio de unos zapatos y a la vez admirando los bien llevados cincuenta años que reflejaba en las cristalerías de los escaparates y en los comentarios de dos obreros de la construcción, palabras soeces nombrando partes del cuerpo, Françoise se sentía joven y dispuesta a demostrarlo. En este punto, Andy se desprendió de ella, soltándole la mano y echando a correr.

-¡Eeh!, Andy, ¿qué haces?, ¡vuelve aquí!, no hagas que me enfade, ¿qué me oyes? Pero Andy no la escuchaba, traspasó el portal y subió de dos en dos los mugrientos escalones de la vieja pensión "El Polvo". Al llegar arriba, en el primer piso, le dio el tiempo justo de ver desaparecer a la pareja entornando la puerta de un largo pasillo lleno de ellas. Su corta estatura le ayudó a burlar la vigilancia de una mujer octogenaria que sentada, leía una revista del corazón. En cuclillas, agachado, se escabulló escurridizo hasta verse frente a su destino. Se irguió y entró, la llave no estaba echada... su madre sí y tenía en la boca algo que pertenecía al hombre y éste a su vez, con la cabeza entre las piernas de su madre, gemía, ella también gemía.

-Madre, ¿qué pasa?, ¿qué te hace este hombre...?

Y como hiciera en otra época Billy El Niño o Pancho Villa, Andy se abalanzó y golpeó la espalda de aquel hombre que hacía gemir de dolor a su amada madre. La memoria en su sitio devolvió el hipnótico chillido de la mujer horrorizada, paralizada con un rictus que asustó a un Andy niño, a un Andy hijo.

-Mamá, mamá, ¿qué pasa?, dime algo, ¿porqué no te mueves? ¡Mamáááá!, ¡Mamá?

Acudieron presurosas las alcahuetas, la tía Françoise, la Benemérita y los benditos que siempre se unen a las cruentas hazañas. La situación enmarcaba un lienzo dantesco. Señores, desalojen, ¿es que nadie tiene nada que hacer?, venga, a paseo. Caso cerrado y archivado.

Una semana de incertidumbre pasó, antes de que tía Françoise le confesara que su mamita se había ido al cielo.

-¿Ves aquella estrella que reluce más que ninguna?, ¿sí?, allí, ajá, allí está tu madre y te observa siempre sonriente, siempre pendiente de ti, porque tú ya sabes que ella te quiere mucho, ¿verdad...?, ¡claro que lo sabes!. A partir de entonces, la mujer se olvidó de París, se quedó en la casa de su hermana y cuidó lo mejor que supo de su sobrino. Andy aceptó este cambio y la tutela de la tía Françoise, pues del padre ni se conocía el paradero. Vagaba borracho con la botella a medias, nunca vacía, nunca llena. Cuatro monedas en el bolsillo, hebras de tabaco y la pistola como única herencia terrenal. Dormía en vagones abandonados o en suelos fríos de orillas descalzas. Andy admiraba y quería de manera incondicional a su padre, mas no tenía ocasión de decírselo. La ocasión nunca se presentó. El suceso vino impreso en un periódico clandestino:

Una mujer de treinta y cinco años, de profesión "sus labores", muere en un ataque de psicosis epiléptica, producido por un fuerte impacto de shock, mordiendo el miembro de uno de sus clientes, cortándolo de cuajo y atragantándose con el mismo. El hombre, asiduo visitante del burdel y debido a la negligencia por parte de las pertinentes autoridades, llega al hospital general de "La Fe Ciega", blanco como el papel, totalmente desangrado. Una vez más, nos encontramos con una deplorable actuación de irresponsabilidad hacia el ciudadano civil, falta de protección. Los hechos se gestaron en el periférico barrio portuario de Cosmopolitano.

Algunos años más tarde, Andy leyó la noticia en una hemeroteca; fue cuando se enteró de que su madre querida, no era una estrella en el firmamento. Andy López abrió los ojos, regresando del túnel del tiempo por algún narcótico que dejaba de hacer efecto. La sala de espera y el televisor ya no se encontraban en su diccionario holocaustico.

-El Doctor ya puede atenderle... adelante si es tan amable.

Marta Rubens, bata verde, bloc de notas para concertar visitas y bolígrafo en mano, le dirigía cortesía con celosa parsimonia.

-¿¡Marta Rubens!?...

-¿Cómo dice?, ¡ah!, no, no, se equivoca, yo me llamo Andrómeda Kandinski, creo que se confunde, quizá le ha parecido ver en mí a otra persona, ¿cierto? ¿algún ser querido?, oiga, se ha puesto pálido, ¿se encuentra bien?, -le cogió la muñeca y hubo un minuto de mutismo. -Las pulsaciones están bien, ¿quiere que le haga una infusión?

Decidida, Andrómeda se levantó y salió con un suave roce de medias.

¿Porqué nadie era quien debiera ser?, ¿porqué la vida tenía tantas réplicas? Jamás llegó a tomarse la infusión, cayó al suelo, desmayado, buscando la simbiosis de la difusa irradiación del Aura paranormal con el alma empírica. Reposando de la mezquindad y de la derrota histriónica que se mofaba con mueca hilarante en sus avances nativos en conjunción de principio y maestría expresionista.

Despertó tumbado en una camilla operatoria, atado de pies y manos con electrodos, cables, luces y botones enchufados al electroencefalógrafo; la pantalla gráfica registraba constantes y oscilaciones del potencial nervioso. Crucificado por la máquina, futuro poder absoluto de la materia y juguete sensitivo de un monstruo accesible a la ludopatía psíquica. Encerrado en una urna de cristal con oxígeno restringido, se encontró siendo objeto de atenta observación. Una jauría de batas blancas y verdes murmuraban en diversos idiomas sin acabar de entenderse, sin embargo, el que aquí no comprendía nada era él, Andy López, que veía como su vida se inclinaba, desperdiciando neuronas como mala semilla que crecía sin rumbo, versátil, repudiada adaptación de caza de brujas a la española, sin "listas negras", partido comunista y senadores McCarthy. Acusado y ajusticiado sin conocimiento de causa.

Al rato, el silencio se hizo eco y el resplandor de la oscuridad dejaba entrever los tintes de una silueta que sigilosa penetraba en aquella burbuja de jabón mecánico, orientada a una austera maquinación destructiva.

En lo alto, brillaba una hoja cortante, el filo de furia contenida se clavó varias veces. En segundos se sintió aliviado de la presión que ejercían sobre él aquellos hilos eléctricos, desconectados por el desconocido. Saltaron chispas y humo, un olor a quemado se filtró rápidamente.

-Vamos, salgamos de aquí antes de que nos asfixiemos.

Era la voz con dulce acento de mujer joven y no le resultaba desconocida. Andy se colocó la máscara que le tendió la sombra de su salvadora.

Tres personajes con portes muy pelicularos, entraron disparando con unas minúsculas metralletas, ¿serían de sus sobrinitos? Iluminaban cada rincón con ráfagas que agujereaban las paredes, el mobiliario y el "Purple Rain" de Prince que se oía por los altavoces.

-Al suelo, rápido. Escóndete ahí...

La muchacha que ahora ya podía ver y oler, no era otra que Janina, la Dama Asiática, al servicio de guardar las espaldas al más "pringao". Mostrándose menos femenina que en su anterior encuentro, pero no menos activa; no hace falta constatar que Andy se alegró de volver a verla.

Janina, felina, práctica y eficaz se deshizo fácilmente del hechizo de los tres pistoleros, matones a sueldo, -se preguntó si les quedaría una sustanciosa pensión a sus familiares y temió por ellos.

Janina se había convertido en un torbellino que arrasaba asestando a uno unos golpes de karate, acuchillando a otro y pidiéndole prestada el arma, disparó sobre el tercero.

-Vámonos antes de que lleguen más, ¡corre compañero!

Cargaron con las metralletas y caminaron por largos pasadizos que semejaban túneles quirúrgicos de luminosa fosforescencia aséptica, lejos de este arte futurista, valga de postdata, se hallaban en el alcantarillado del subsuelo de la polis, por los conductos residuales subterráneos ramificados de canales sucios con aguas de lluvia y desperdicios. Las ratas paseaban a centenas como en una pesadilla confiscada por mano inquisidora. Una serie de diapositivas fueron arqueándole las cejas.

-¡Hostia puta!, Janina, ¿qué es esto...? ¡es increíble!, ¿qué estoy viendo...?

-Es fantástico, yo ya he estado aquí en varias ocasiones y no deja de sorprenderme, ¡qué fuerte!, ¡eeeh! Andy, despierta, te has quedado alucinado ¿eh?

-¡Joder, sí!, lógico ¿no?, tope Underground, ¿quienes son estos seres tan raros?

-¡Ja!, buena pregunta... bien, como ves aquí conviven numerosas sensaciones humanas en forma de tribus suburbanas... Hace un montón de años, llegaron los conquistadores, supervivientes de los disectores de las profundidades. No les convenció nuestra tierra, así que buscaron refugio bajo ella y construyeron sobre terreno seco, en las cloacas, sus viviendas. Dotados de un hiper-olfato, congeniaron con las ratas y otros animales de características similares. No te preocupes que no se acercarán a nosotros...

-¿Porqué no?, ¿nos tienen miedo?

-¡Qué va!, ni mucho menos, pero el olor natural que desprendemos les irrita en su sensibilidad. Vamos, para que entiendas, no les somos gratos a su pituitaria, ¡para ellos apestamos!, agredimos sus sentidos más desarrollados. Entre humedades están resguardados del frío, de las tormentas de invierno y de las palizas que les daban los delincuentes étnicos.

-Son ratas de alcantarilla y ¿nunca salen al exterior?, -preguntó Andy, curioso e interesado por un hecho tan bestialmente fantástico, desde luego la realidad superaba la ficción. No cabía la menor duda.

-No tienen necesidad de salir, apenas lo hacen y es para engrandecer sus conocimientos climáticos y estudios cosmogónicos. Algunos de los más pequeños aun no se han "estrenado", ¿lo entiendes?, no han visto la luz del día, nada del mundo exterior y sin embargo son geniales. Es fabuloso, te das cuenta de los grandes misterios que esconden esas almas que conocen lo que nosotros desconocemos: el error en que nacimos, la falsedad con que crecemos y el miedo y la inseguridad del morir.

Son pacifistas aunque te resulten un tanto extraños...

-Sí, parecen bastante legales... yo sólo había conocido a tribus como los Punks, los Mods, Rockers... los Skins, que no son más que modas y facetas.

Estas tribus son pensadores inmortales, clanes auténticos sin depurar, sin etiquetar, lejos de las lesionadas huestes y de la vorágine del vulgo. Relatos de pobreza contados por miserables a los mendigos del hambre.

-Bueno, tampoco hay que alucinar demasiado, supongo que tendrán sus defectos, -sentenció Janina, cansada de tanta bondad.

-Claro que sí, pero es que esto es superior... es, es... un cuento de ciencia ficción. No lo vemos todos los días, joder tía, ¿has visto sus ojos...?, jamás me fijé en unos tan claros, limpios, transparentes. Su mirada es

tranquila y ese color no existe, ¿te has fijado qué tonalidades?, ¡ya entiendo! Ellos hablan mentalmente, se comunican con nosotros. Tienen poderes telepáticos y telequinésicos. Aquí cada uno es lo que es, libres, sin tiempos, sin ídolos, no son competitivos, no tienen prisas, ni políticas... son utópicos, ¡el anarquismo supremo! Analistas de la verdad, el centro del corazón, creo que han hallado el Dorado, serían un potosí para nuestros científicos, ¿no crees?... Pero, pero esto es imposible, ¿qué hacemos aquí?, esto no es real, no está sucediendo ¿verdad que deliramos?, no puede ser, no puede ser, ¡qué va tía!, todo esto es super heavy... pero mejor larguémonos, ¿quieres...?

-No necesitas convencerme, nene, estaba empezando a tener complejo de inferioridad, vámonos...

Botas duras de metal iniciaban su persecución, soldados adiestrados para matar, instruidos por un asesino que tras el despacho, una bandera y una fotografía enmarcada del cacique mayor, se distraía disparando a marcianitos en su Play Station y clavando chinchetas de supuestas conquistas en distintos radios del sectario mapa de obsesión. Se traspasa nación por defunción del dueño.

Ya se escuchaban cerca las alimañas, los alientos presos de salvaje excitación violenta. Mentes huecas, vaciadas por líderes carismáticos, influenciándoles odio hacia las razas. Los primeros en llegar iban motorizados, otros con patines en línea y bates de béisbol les secundaban. Eran poco originales, sus rostros no mostraban restos de amabilidad y sí de sangrienta ansiedad enfermiza, sacaban espuma por la boca. Janina sin pensárselo, disparó tumbando a unos cuantos.

-¡Eh!, pájaro bobo, -refiriéndose a Andy-, ¿te animas o qué?, si quieres ya lo resuelvo yo sola, ¿eh? No quisiera molestarte. Total, son muy pocos...

Andy reaccionó con la alusión y el codazo de Janina. Se había quedado traspuesto con los mensajes que le enviaban mediante ondas expansivas, los seres del "Subway", fue inútil, no podía descifrarlo. Desconectó y apretó el gatillo de la metralleta, extrañándose cada vez que se acercaba al blanco.

-Espera a otra vida, quizá lo consigas..., -se burló la muchacha que sin tregua y sin pausa escogió una de las motocicletas más potentes de los enemigos mercenarios abatidos y pensando que no la necesitarían en el más allá, montó con destreza, haciendo señas a Andy para que hiciera lo propio.

-Oye, es que... yo nunca he llevado una de éstas, si te soy sincero ni siquiera sé ir en bicicleta. Siento defraudarte...

-Vaya, tío, eres un pozo de sorpresas. El tipo ideal para correrse una aventura, -él se encogió de hombros, -venga date prisa, sube detrás mío... tesoro.

Escaparon a velocidad máxima. Andy de paquete continuaba ametrallando el aire y de rebote se cargó unos cuantos, recibiendo a cambio una bala en la rodilla y una rozadura en el brazo. Pronto pusieron tierra por medio y terminó aquel toma y daca. Todo hacía sugerir que estaban salvados... o no, pregunto...

-¿Te duele mucho? Has sabido comportarte con valentía. Ánimo, te llevaré a una cabaña despoblada y tranquila donde nadie nos encontrará y podré curarte esas heridas.

-Todavía no sé porqué nos perseguían... ¿qué hacía en aquella camilla?, ¿quién eres tú que apareces y desapareces?, ¿quienes eran los presuntos médicos y esta banda de... zumbaos motorizados...?

-Eres la hostia tío, ¡pues no haces preguntas! Es mejor que te relajes y no pienses. Estás perdiendo mucha sangre, guarda las fuerzas... luego habrá suficiente tiempo para discutirlo todo y sacar conclusiones sin precipitarse, ¿vale?

Saliendo del túnel, rodaron por una bien asfaltada autopista a ciento ochenta durante unos tres cuartos de hora más o menos y después giraron por un atajo medio oculto por la maleza, penetrando en la espesura del bosque, transformando el paisaje urbano por la paz llana de los campos verdes y la frondosidad de árboles frutales que en un día más propicio, con menos incidentes, hubiera podido resultar una magnífica excursión a pleno pulmón.

Yéndosele la visión y la noción en fracciones de tiempo y luz, los ojos estrábicos, mareado, tratando de soportar el dolor cada vez más potente, iban cruzando en travelling, desplazándose en movimientos trepidantes las numerosas familias de álamos, rosáceas, fagáceas, abietáceas y otros tipos de desconocidos arbustos y plantas gigantescas que le hacían sentir limitado en proporciones. El cielo que ya estaba nublado, ennegreció con viejo tinte y sin sorprender porque se veía venir, comenzó una nueva tormenta, empapando los cuerpos y la bujía de la máquina, que paró y no quiso volver a ponerse en marcha. Janina trató de conectarla en vano, nada, ni una maldita chispa. Janina, mujer de temple, con decisión y recursos, la dejó caer por unas rocas y bajó para tatarla con matorrales hasta que desapareció de la vista y agarrando

a Andy de los hombros, le ayudó a ir andando hasta un pequeño refugio hecho de troncos y cariño de papá... Entraron. Él se estiró en un cómodo sillón, mientras ella encendía la chimenea.

-Bravo, la leña prende de puta madre, en cinco minutos tenemos caldeada toda la casa. Ahora lo que hay que hacer es secarnos las ropas y curarte... Eso está feo, -miró la herida-, va, no es para tanto, parecía más por la sangre coagulada. Son sólo dos rasguños, no hay casquillo de bala, debe haber rozado o rebotado con algún botón de la cazadora, ha habido suerte, -suerte, una palabra que hacía tiempo que Andy no escuchaba-, últimamente no tenía demasiada "suerte". La suerte le había abandonado y parecía, por lo que decía Janina, que había vuelto, ¿o estaba delirando?

-Te limpiaré con alcohol y con esta gasa haré un bonito vendaje. Ajá, ya está listo, unos días y a correr. ¿Sabes?, -continuó hablando ahora con nostalgia-, mi padre construyó él solito esta cabaña, fue cuando mi madre se largó con su amante, nos dejó, nos abandonó por una vida más lujosa. Mi padre me explicaba que ella era una mujer muy extravertida y le abrumaba el sedentarismo. Papá creía que cambiaría cuando yo naciera, pero se equivocó. Mi madre quería realizar grandes y largos viajes y disfrutar de los excesos que le estaban permitidos, sin compromisos. Su querido aristócrata se había enamorado locamente y ella le exigió libertad... y todas sus pertenencias en un "elaborado" testamento en el que excluyó a su hijo.

Aquí me traía papá los fines de semana y en las vacaciones de verano y Navidad. Era estupendo ver caer los copos de nieve desde la ventana... qué recuerdos tan entrañables. En esos días mi padre era como un dios, yo lo idolatraba, supongo que por aquello del complejo de Edipo y de Electra. Esa sensación de belleza no la he vuelto a sentir jamás, impresionante, para mí era como tocar el cielo con los cinco sentidos, convivíamos plenamente con la naturaleza, pescábamos en el lago, cazábamos, practicábamos montañismo. Era un excelente deportista, cinturón negro de yudo, tercer dan de karate... aficionado al ring. Me enseñó todo lo que sabía hasta que un cáncer se lo llevó... A mi madre no la he vuelto a ver desde los diez años. Respeto su manera de ser y la quiero, le guardo un rincón en el corazón... pero lamentablemente no tengo nada que agradecerle... en fin, ¿te he aburrido mucho?, ¡eh!, pero si estás durmiendo... bueno, de algo ha servido mi charla.

Janina le desvistió y le tumbó en la cama, -necesitaría mucho reposo-. Tendió las ropas aún goteantes cerca del fuego y se dio una ducha para limpiar el pasado que había emergido de las cenizas de su padre, que se hallaban esparcidas por los aledaños de la cabaña. Luego se acostó en la cama contigua a la de Andy. Debía vigilar su sueño. Cerró los ojos y no tardó en deambular por el pasacalles de la ciudad de las percepciones. Noches en los Jardines de España y Concierto de Aranjuez. Falla y Rodrigo. Inesperadamente, Andy López galopaba a lomos de un corcel negro, brillante, de azabache. Saltaba obstáculos y tropezaba una y otra vez, pero la carrera continuaba, no se detenía y él deseaba apearse. Tiraba fuertemente de las riendas y el caballo se levantaba sin derribarle y seguía su marcha tercamente, ¿conocería el animal el camino por donde pisaban?, ¿le llevaba a alguna parte? Si era así, mejor que fuera un buen motivo o no respondía de sus actos.

-Sooo, caballo, paaara, paaara, sooo..., -ni puñetero caso.

Riiiiinnnnggg, riiiiinnnnggg, riiiiinnnnggg...

-Sí, ¿diga?

-¿Andy López?

-Sí, soy yo... creo, -miró el reflejo en el espejo que estaba colocado enfrente del sillón de muelles chirriantes.

-Sí, yo mismo, -con más convicción.

-Quería hablar contigo, oír tu voz... no me ha defraudado, es dulce y a la par varonil... me podría enamorar fácilmente...

-Oiga, ¿con quién hablo?, me alegro mucho que le guste mi voz, pero en estos momentos no estoy para halagos y menos para bromas.

-¿Porqué?, ¿por el gilipollas que llamaba a tu puerta...?, ¡baaah!, no te preocupes, era un mal hombre acostumbrado a rebajar a los demás, hasta el punto de empujarles por el abismo del suicidio sin intranquilizarle el sueño, ningún asomo de remordimiento le asoló jamás. Está mejor así, ya no hará más daño a nadie.

-Yo no estaría tan seguro, a mí me lo está haciendo...

-Reestructurando vidas después de muerto, muy clásico de un monstruoso ser.

-¿Qué sabes tú?, ¿quién eres? Aparentas conocerle bien, ¿no?... mira, si sabes algo, te agradecería que me lo contaras. No puedes imaginar por lo que estoy pasando, ni siquiera sé si estamos hablando o es que deliro,

ya declino, dimito de mis responsabilidades mentales. ¿Dónde estás?, ¿nos podemos ver?, dímelo y me tienes ahí enseguida.

-Sí que te noto muy trastornado...

-Bueno, no sé a ti, pero para mí estas cosas no forman parte de la cotidianidad del día a día.

-Ya, claro, es comprensible... quizá pueda ayudarte a salir de los malos sueños sin que notes rastros de secuelas. Practicaremos un aborto para regenerar tu ingreso somático y psíquico a la normalidad de la locura terrestre y sociable, vamos, me refiero a la vida que llevabas antes. En fin, te espero... estoy en el Pacos Club Boys, ¿lo conoces, no?

-Joder si lo conozco, pero si está debajo de mi casa... ¡ah!, claro, tú ya lo sabías, qué idiota soy... ¿cómo te reconoceré?

-Sin contratiempos, llevo un sombrero de fieltro gris, gafas oscuras, una gabardina beige y guantes negros...

-¿Qué? ¿Cómo?... Tú eres, tú eres el del... es decir, la del portal, tú me diste un puñetazo y saliste huyendo... Hostia, ¡qué fuerte!, joder, me dejas deslumbrado...

-Siento enormemente lo del puñetazo, de veras, pero tenía prisa. No pensaste ni por un momento que pudiera ser una mujer, ¿eh? Espero no haberte sacudido muy fuerte, esta vez prometo portarme bien. Venga, nos vemos aquí, hasta ahora..., -colgó el teléfono y él la imitó bajando el aparato-, impresionado. En la calle un poeta progresivo recitaba: "Cada persona es un mundo, esperemos que no sea como este".

Sinfonía de Navidad en Re mayor.

Tenía razón la mujer que acababa de llamar, era cierto que ni por un instante se le había ocurrido que bajo aquel atuendo pudiera esconderse una dama. Sí, resultaba bastante machista, ¿verdad?, en el futuro trataría de corregir el entuerto. Qué se había pensado, ¿o es que las señoras no saben dar golpes?, evidente que sí.

Los lobos aullaban a una luna llena en las cimas de rocas recortadas. Un río truchero, de aguas viajeras, plateado por el reflejo del satélite ronroneaba transparente y plácido. Un muchacho trasnochador y soñador enamorado, rasgaba las cuerdas de una guitarra acústica, entonando una estrofa de "Después de la fiebre del oro" del canadiense Neil Young.

...habían campesinos cantando, tamborileros tocando
y un arquero que partía un árbol, había una trompeta
sonando hacia el Sol, que flotaba en la brisa.

Mira a la Madre Naturaleza huyendo. En los años setenta..."

Allí sentado en el reflejo del edén, lloró de desamor, pues su paraíso no era correspondido por el sueño elegido y así se cristalizó en sus lágrimas, hasta que le despertaron las manecillas escarchadas del reloj del alba, que amaneció con pinceladas de colores puros en el que sólo un corazón triste y sensible, podía adentrarse formando parte inanimada del cuadro sin rúbrica... anónimo desinteresado.

Andy, el ermitaño urbano, visitó a Jazz, su compañero de raza al que cuidaba el vecino de rellano durante estos días en que se encontraba fuera de órbita en el sentido más estricto de la palabra.

-Oye Andy, tú cuídate y tranqui... ya sabes cómo me gustan los animales, si no fuera por la parienta que me frena, tendría un zoo en casa. Si es que los prefiero antes que a mucha gente "civilizada". ¡Aaaay, qué mundo, Dios!. Vete, vete y no te preocupes más por Jazz...

En la aturdida calle del "asesino de la plaza de las fechorías", la policía estaba acordonando el bar-taberna "Pacos Club Boys". Al frente el Sargento-Mayordomo Martínez.

-¿Qué ha pasado?, preguntó a la congestión de mirones.

-¡Eh!, hola Andy, ¡vaya movida chaval! Se han liado a tiros, el que llevaba la pipa se ha largado, no lo han pillado y dos parece que se han quedado "fiambres", mira se los lleva la ambulancia. Jo, tío, qué marcha hay aquí en el barrio últimamente.

Andy se alejó sin querer saber más, hondamente preocupado por los derroteros que iban aconteciendo sin explicaciones para él. Por unos minutos deseó hacer el equipaje y huir a alguna parte donde pudiera olvidar lo que no conocía o quizás lanzarse de cabeza por el primer puente con vistas al mar, mas la cobardía se lo impedía. Una teoría constructiva desvelaba que el suicidio era el punto más lúcido que enfrenta al hombre con la mente colectiva, lapidando la vida para desenterrar en milésimas de segundo la autenticidad de la ciencia de la razón de ser y conocer lo que nunca logra entender en el instante final. Claro que este pensamiento no estaba patentado en las sociedades retrógradas, pues era cosecha libre de Andy López, pero empuñaba la fuerza de la convicción de que el hombre o mujer que se anulan voluntariamente, se llevan la verdad de este mundo, si la hay y desde la incipiente nota hasta el acto de

desahucio corpóreo, era básico un ciclo encadenado de coraje, una especie de manual de ejecución del valor al apremio, visto desde un prisma interno del iluminado que resueltamente determina su destino más inmediato, dejando la materia a los que se quedan batallando por ella.

-chisssttt, sssiiischt, chiiiiissss...

Desde la esquina, un sombrero de fieltro gris, gafas oscuras, una gabardina beige y unos guantes negros, le hacían señas. Se acercó disimulando, no era aconsejable ser visto por Martínez.

-Hola Andy, soy Gloria Colombia, ven, tengo el coche a un par de calles, además aquí sobramos. Dejemos al señor Sargento "no se entera de nada", que saque sus erradas conclusiones avinagradas.

-Veo que le conoces, -acertó a decir Andy-, un poco cortado al no verle los ojos, el cabello... las manos...

-Por desgracia sí, y no sólo en esta vida...

-¿Qué quieres decir con eso...?

-Bueno, vale, no quiero desorientarte más, ya sé que en pocos días ha variado... cómo lo diría... ¿tu "calidad de vida"?

-Yo no lo llamaría calidad, sino deterioro. Te confesaré que me he perdido, sí, así de llano y sencillo. Supongo o suponía que todos merecíamos una oportunidad y creo que la mía se ha perdido irrevocablemente en una nulidad eterna. No me hago preguntas, ya no, sería inútil como lo está siendo ahora mismo. Bueno, perdona, no me refiero a eso, en realidad sí que espero respuestas y con prontitud, antes de que me venzan los plazos de la locura. Sé que hay un Cosmos con millones de galaxias, sé que llevo una "pipa" en el bolsillo, ¿y qué...?, pero llegas tú, vienes y me dices no se qué de otras vidas... si querías aclararme las ideas no vas por buen camino, al contrario, me estás liando más la madeja...

-Lo entiendo y lo siento, no tengo ningún derecho a mezclarte en mis rompecabezas... supongo que no nos encontramos en el mismo nivel de orientación. He de reconocer que mi humor es retorcidamente negro, paradójico, metafórico, irónico y sarcástico. Es una forma de afrontar los problemas, sin embargo me considero muy íntegra y soy una constante luchadora, no me doblego fácilmente y si caigo, vuelvo a levantarme con mayor ímpetu y fuerza de voluntad. Si no, ¿a qué hemos venido a este mundo? Hace siglos, Calderón escribió "La vida es sueño", tú mismo has escrito sobre la posibilidad de los cambios de estados confundiéndonos con una fiebre gradualmente delirante o con los efectos de alucinógenos... a eso me refería cuando he citado la frase: no sólo en esta vida. Y punto. Y un consejo que te daré, es que no esperes al ejército de salvación. Lucha por ti, deja de atormentarte, de tenerte compasión y lucha... no te hundas en lamentos que no curarán tus miedos, al contrario los aviva más...

-Sí, no es tan fácil cuando las adversidades te llegan en cada peldaño de la escalera desconocida y es tan larga y confusa que se mezcla el negro y el blanco, la razón y la locura, el amor y el odio, lo real con la fantasía, el bien y el mal... etcétera, etcétera. Por cierto, tu manera de hablarme, sabes detalles de mi vida..., es como si me conocieras de siempre...

-Digamos que te he seguido la pista durante esta última semana.

Voy a aparcar por aquí, mira, ahí hay un sitio.

-¿Dónde estamos?, no reconozco la zona.

-Si no me equivoco, hace años que vegetas en Cosmopolitano. Pues bien, estamos en las afueras de la ciudad. Tengo un apartamento y algo que deberías ver y saber. No hay que poner frenos a la historia, tampoco el acelerador... tú has estado en punto muerto, -sonrió complacida y mirándole a los ojos, observando su reacción introvertida.

Gloria Colombia era una mujer intrigante, que platicaba con el don especial de dejar en la intemperie palabras significativas que quedaban bailando en la mente, esperando inútilmente más información de la ya recibida. Hizo una buena maniobra y encajó la ranchera en el borde de la acera.

Dándole a un botón, silenció la banda sonora de la película Quadrophenia del grupo The Who. Acto seguido, giró la llave de contacto.

-Final de trayecto caballero, bajemos...

Entraron en un estudio decorado con inteligencia, elegancia. Cada espacio, cada objeto, ocupaban su lugar con rigurosa precisión, dando la sensación de no sobrar ni faltar nada, ¿cercano a la perfección...? Pasaremos página...

De allí partimos y allá seguimos. Cautivos permanentes de una presencia primigenia, nacida la aureola antes de sembrar la semilla. Un abordaje entre densas nubes gris perla, sin armas, sin tripulación, sin dar a conocer la invisibilidad del engendro de un antaño creado promiscuo.

El tiempo es una micromilésima de milésima de segundo y si lo dividimos en unos cuantos millones de años, da un resultado de ... ¿...?, lo que significa que debemos tiempo al tiempo. Vivimos en un precario chasquear de dedos.

Gloria Colombia husmeaba por las habitaciones.

-Busco una cinta que quiero que veas... mientras siéntate, te pondré música. Introdujo en el equipo un disco compacto. En la carátula estaba escrito el título: Canciones para Andy.

La intrigante mujer todavía no se había desprendido de las gafas negras, ni del sombrero, tampoco la gabardina y los guantes, ¿porqué?

¡Y cómo no!, volvió a sorprenderse cuando empezó a escuchar las canciones para Andy, ¡eran tan suyas! Brotaron las notas que escuchaba estando en el vientre de su madre. Sintonías de infancia, de recuerdos, canciones contestatarias, el silencio de rebeldía adolescente, música sinfónica de duelo, de sentimiento de muerte. La carta a su primer amor. El sonido de letanías y risas. La amistad, la pérdida... el desprecio, la indiferencia. Los días de lluvia, el mar a flote, cielo, pájaros, arena escamosa de playa, caricias de piel, besos de sol. La primera vez... frustraciones, colegio, experiencias de adulto y un sinfín de pensamientos personales. Aquella cinta había grabado los bailes y los compases de estímulos y emociones, olores, colores y formas de sentir, con una exactitud que él no conocía en la trayectoria de sus días. Cercanas muertes dan nuevas perspectivas al camino.

A su espalda, Gloria Colombia le miraba contemplativa a través de los cristales negros.

-¿Terminaste?, ¿sí? Deseo que esto te ayude a entender un poco las diferentes convulsiones en las que te has iniciado...

-La verdad es que comprendo menos que nada. Este cassette ha penetrado mis interiores y ha llegado hasta mi moral más secreta con certera puntería. Pero mis dudas se ramifican...

-Bien, iré directamente al grano, -testificó Gloria. Muchas veces nos preguntamos si existirá algún planeta similar al nuestro. No sólo sí existe, sino que hay doscientos cinco iguales a la Tierra, con los mismos ciclos rotatorios. Son como estrellas, unas nacen y otras mueren. Tú habitas en una que lleva siglos extinguida. El espacio es un cristal caleidoscópico donde nos vemos multiplicados, creemos que es un simple espejo, nos equivocamos, todos los reflejos son verdaderos. Es un engaño espiritual para no caer en crisis de pánico.

-¿Y tú?, ¿y yo?...

-Tú estás navegando a la velocidad de la luz por diferentes tierras, en cada una de ellas eres otro personaje y en distinta época, por lo que no llegas a encontrarte. Y yo he venido de otro planeta Tierra a advertirte de lo que te sucede, soy algo parecido a una curandera sideral. No sé más, también tengo mis dudas, no te creas, lo que sí sé es que cuando regrese a mi lugar de origen, todo volverá a la normalidad y tú y yo nos olvidaremos el uno del otro. Así de sencillo, no te habré conocido y lo mismo te pasará a ti. Centrados en un mismo personaje, el que nos ha tocado vivir.

-¿El disfraz...?

-Es como tú me ves, imagina si puedes cómo te veo yo...

-No, no puedo... oye y qué pasa con el asesinato.

-¿El asesinato? ¡Ja!, han transcurrido unas cuantas cruzadas desde el asesinato del "Hombre Orquesta". Olvida, deja de pensar y vive sin mortificarte, es inútil, no merece la pena sufrir por algo que no prevalece en el tiempo, en la historia, ni en el Universo... nunca ha existido nada.

-¿Quieres decir que...? ¡Joder, qué fuerte! No lo creo, no, seguro que es otro jodido sueño...

-No he venido a mentirte, al contrario. El Mundo, la Tierra, nunca ha estado, nunca ha sido. Somos el sueño del Universo, su espejismo, la imaginación del Cosmos, experimento estrellado.

-Y ahora, -preguntó Andy, ¿qué ocurrirá? Me volveré loco como no me digas que esto es una broma, quisiera oírte reír a carcajadas...

-Eso no puedo hacerlo, te estoy quitando las vendas que te mantenían en un desequilibrio constante. Intenta sólo entender que aunque nada halla real, te haré una cura de desintoxicación, un masaje de olvido y luego seguirás tu "creíble vida", relajado y sin alteraciones, como mínimo sin desdoblamientos. Serás tu propio destino en el inexistente mundo cretino y... lánzate a buscar felicidad, conocimiento...

-A ver si me aclaro. Ostras, ¡no me puede estar sucediendo esto a mí! Me niego a creer lo que cuentas... así que no vivimos, pero debo vivir: ¿cómo se come eso?

-Bueno, chico, no tengo todas las respuestas, lo fundamental es que vas a dar un giro de trescientos sesenta grados, que todos tus yo se unificarán en uno sólo indivisible en los límites de la normalidad y de alguna

manera habrás hallado la paz interior. Ya no puedo decirte más, porque lo desconozco. Por favor, podrías girarte un momento... sí, no te extrañes... date la vuelta.

Andy López se quedó fijamente mirando la pared.

-Avisame cuando pueda cambiar de posición, empiezo a estar un poco incómodo... ¿me oyes?, ¡¿Gloria?!

Andy giró en redondo al no escuchar a la mujer y descubrió quién era, estaba tendida en el suelo... la gabardina, el sombrero, las gafas y los guantes.

Andy López caminaba rumbo a casa con una barra de pan y el libro de Nietzsche "Así habló Zarathustra", bajo el brazo.

Se sentía contento, satisfecho de la labor del día en la oficina de la inmobiliaria en la que trabajaba desde hacía dieciséis años. Hoy le había dado una buena lección al encargado jefe y éste le había prometido un aumento para la próxima temporada.

Completamente feliz, tarareaba una canción sin saber cual ni de quién era, ¡que más daba! En el trayecto entró en una joyería y compró una sortija para Janina, su esposa. Una chica oriental preciosa. Llevaban seis meses compartiendo piso y las cosas iban francamente bien. Cerró la puerta del ascensor y extrajo las llaves del bolsillo, oyó ladrar a Jazz. ¡Hogar, dulce hogar! Más tarde, cenando a la tenue luz de las velas, le ofreció el regalo en un pequeño estuche de terciopelo.

-¡OOOOH, Dios mío, Andrés... es precioso! Te habrá costado muy caro... ¡no me lo digas!, te quiero vida mía, cariñín ven aquí... le besó apasionadamente al tiempo que sonaba el teléfono. Andrés se apresuró a cogerlo antes de que sonara por segunda vez.

-Sí, diga... ¿quién es?

-Soy yo, querido...

-¡Marta Rubens! Te tengo dicho que no me llames a casa, -dijo, disminuyendo el tono de voz.

-Lo sé, lo sé, pero es que te echo tanto de menos y ahora estoy tumbada en la cama con el body negro, ese tan bonito que me regalaste y no he podido contenerme y me he dicho, voy a llamar a mi hombre para que sepa que pienso en él, sí, chatín, pienso en ti y me gustaría que estuvieras aquí, encima de mi voluminoso e insaciable cuerpo, ¡ooooh!, cariño, ¡cómo te deseo!, noto tus manos acariciándome, ¡ooooh, cómo te quiero, mi vida!, ¿cuándo vas a dejar a esa muermo y vas a venir a vivir conmigo?, tienes que decirme, amor, yo no puedo estar así eternamente.

-Marta, yo también te quiero, ya lo sabes, pero ahora no puedo hablar. Nos veremos mañana en la oficina, ¿vale?, venga, hasta luego.

-Hasta mañana. ¡Ah!, llevaré aquella faldita satinada que tanto te excita. Colgaron los dos a la vez sendos auriculares. Él notó la erección y tardó un rato en dirigirse a la habitación contigua, donde esperaba ya semidesnuda la chica de ojos rasgados.

-Ven, abrázame...

-Sí, un momento que voy al baño...

-No tardes, cielo...

Janina tomó el móvil del segundo cajón de la mesita de noche y marcó nueve números.

-¿Diga, quién es?, ¿eres tú, amorcito...?, se oyó al otro lado de la línea, cruzando la hondonada de la ciudad.

-Sí, Marta, soy yo. ¿le has llamado, verdad?

-¡Sí, joder!, ¿cómo se puede ser tan hijoputa?, ¡qué cabrón!...

-Lo es, pero hay que saber ver el lado positivo. Tenemos mucho que agradecerle, si no hubiera sido por él, no nos habríamos conocido... y eso sí sería una gran putada, ¿no crees? Oye no puedo reprimir las ganas de verte y abrazarte, ¡te deseo tanto!, menos mal que mañana habrá acabado toda esta estúpida e hipócrita historia de enredos y complots. Ya era hora porque no aguantaba más. Lo único que quiero es estar a tu lado, tú me cuidas y me haces sentir querida.

-Jani... tesoro... tú y yo mañana abandonaremos la rutina y la ciudad, con un montón de pasta para el viaje a las islas y para vivir nuestro idilio... sin agobios, sin...

-Cariño, llevamos más de dos años viéndonos a escondidas, planeando un desenlace y esta es la mejor solución, un magnífico plan. Nos lo merecemos y Andrés... ¡Andrés que se joda!

Pasaron dos noches y dos días y Andrés estaba paranoico. Por la mañana había encontrado sobre el frigorífico una escueta nota, era de su mujer: Andrés, me voy para siempre. Nunca te quise. Adiós y gracias.

No entendía nada, ¿qué es lo que había fallado?, la veía tan enamorada y de repente el amor se esfumaba. Las dudas y contratiempos le asaltaban. Pensar no era la salida al problema pues no llegaba a ninguna conclusión. La única lógica era que todo había sido una farsa, ella fingió su actitud hacia él y él la creyó hasta la médula. Muy buena actriz o él un pésimo espectador.

En el trabajo, le llamó el jerarca supremo.

-Tome señor López, mire estas fotos y si tiene algo que explicar...

Cogió las fotos que la mano le alargaba y las miró despacio, incrédulo, una a una, maldiciendo mil veces. Suspirando, las devolvió al dueño de la inmobiliaria, ¿cómo le podía haber hecho esto Marta? Cabreado y humillado le vino a la cabeza la palabra "chantaje", no había otra más directa en el diccionario enciclopédico de la Lengua Española.

-Creo que son pruebas suficientemente contundentes. Me he cerciorado antes de hablar con usted de que no fuese un montaje y lo lamento, la verdad es que hubiera preferido que resultase una conspiración, yo mismo le hubiera respaldado, pero nos enfrentamos ante un hecho real y para un hombre católico, de principios conservadores, le diré que me resulta imposible tomar otra determinación. Estará de acuerdo conmigo... esto es para que firme la dimisión voluntaria...

-¿Y si no firmo...?

-Hará mal, aquí tenemos la notificación de despido por acoso sexual a una subordinada. Usted elige.

-¿Y Marta Rubens?

-Con ella quedamos en un acuerdo, a cambio de no remover este pastel, le dimos un suculento cheque con muchos ceros. Mi empresa ha llegado a ser una de las cinco multinacionales más importantes de Europa. ¡El sacrificio de cuarenta años en la brecha!, y estos escándalos no interesan, no podemos permitirnos una denuncia, ni una columna en la prensa acompañada de fotografías desvergonzadas, pornográficas. No, los clientes no lo necesitan... Señor López, sepa que me ha decepcionado, le tenía en mi lista ascendente para ocupar un puesto de prestigio. En fin, me duelen las circunstancias, pero...

Lo que era la vida, en breves instantes se encontraba sin empleo, Janina se había largado y...

Una clara sospecha le obligó a hacer cola en el banco donde tenían depositados los ahorros, indistintamente a nombre de los dos.

-Ayer la señora retiró y anuló todas las cuentas -le dijeron.

-¡Así!, ¿sin más?

-Señor, nosotros no acostumbramos a pedir explicaciones, podemos asesorarles, sí, pero la última palabra siempre es la del cliente. Creo recordar, -lo podemos confirmar si quiere-, que la señora pidió cambio en dólares y quedó muy agradecida de nuestro servicio y eficacia, se mostró radiante en todo momento y derrochó generosidad y amabilidad. Salió satisfecha y complacida. Lo que nos honra enormemente como entidad bancaria y humana. Hecha al servicio del ciudadano, para velar sus intereses.

¡Arruinado! Llegó a la casa cuando estaban desalojando los muebles.

-¿Qué pasa?, ¿qué hacen?, ¡oiga! -arremetió contra el que parecía llevar la voz cantante-, ¿se puede saber qué están haciendo? Aquí vivo yo y si no se van inmediatamente me veré obligado a llamar a la policía.

-Perdone, pero esta vivienda fue vendida hace siete días y el nuevo dueño quiere instalarse esta semana. Así que por favor, si nos deja hacer nuestro trabajo, todo irá sobre ruedas...

¡Desahuciado! Entre los cajones encontró una cajita que contenía cartas escritas por Marta Rubens, dirigidas a Janina... y el diario de su mujer, lo dejaba bien al descubierto, dos largos años de relaciones.

¡Joder, qué ciego había estado! Se habían burlado de él y lo más probable, vamos, no cabía duda alguna, ¿no eran bastantes pruebas?, seguro que ahora estarían en cualquier parte del planeta, disfrutando de su amor con el dinero de él. Se imaginaba unos parajes paradisíacos en el Caribe. Le estaba bien empleado por jugar con los sentimientos de las personas. ¡Sí señor!, era la puta realidad, no valían lamentaciones, ni llantos..., ¡a joderse tocan!

Encontró la carpeta con el manuscrito de su recién acabada novela y le cambió el título sin pensárselo dos veces. Escribió despacio y con buena letra: Perdido en la eterna oportunidad y la firmó con el pseudónimo de "Hechopolvo".

Había cambiado cuatro veces el título, primero fue Entre piedras y arena, hojas y mariposas, luego Perro de Cartón y más tarde El Sueño de Perroloco. Ahora ya le había puesto el más correcto y leal a la historia, sólo faltaba que las editoriales estuvieran de acuerdo con él.

Desde una de las ventanas del edificio asomó el busto imponente de una hermosa muchacha, que le sonrió y le saludó con la mano abierta.

-Andrés, ¿qué ocurre?, ven, sube a tomar un café...

Se encaminó a la casa de la vecinita, quién sabe, la última vez fue muy afable y cariñosa con él...